

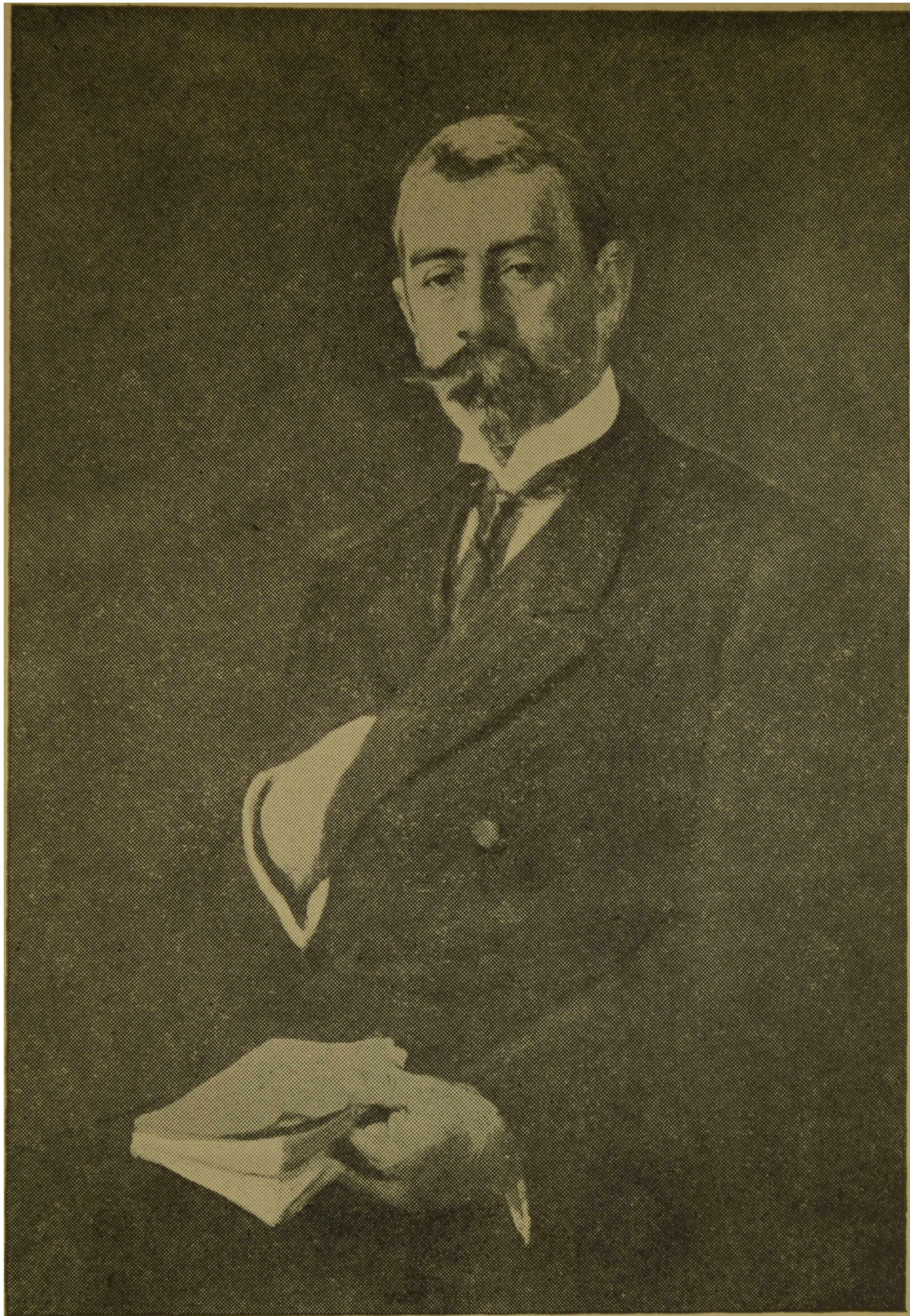
COMISION ARGENTINA DE HOMENAJE
A JOAQUIN V. GONZALEZ

JOAQUIN V. GONZALEZ
EN EL CENTENARIO DE SU NACIMIENTO

1863 - 6 DE MARZO - 1963

BUENOS AIRES
1965

JOAQUIN V. GONZALEZ
EN EL CENTENARIO DE SU NACIMIENTO



Retrato al óleo de Joaquín V. González, obra del pintor español Gonzalo Bilbao (Buenos Aires, 1910).

JOAQUIN V. GONZALEZ

EN EL CENTENARIO DE SU NACIMIENTO

1863 - 6 DE MARZO - 1963

Comisión Argentina de Homenaje

Hipólito Yrigoyen 4106 - Primer piso
Buenos Aires, 1965

23 SET 1974



Talleres Gráficos Francisco A. Colombo
Hortiguera 552 - Buenos Aires
1965

COMISION DIRECTIVA ¹

PRESIDENTE:

A. ELEAZAR ROLDAN SANCHEZ

VICEPRESIDENTE 1º:

JOSE PATRICIO ROMERO

VICEPRESIDENTE 2º:

JOSE CARLOS ÁSTOLFI

SECRETARIO GENERAL:

FRANCISCO RODRIGUEZ CASTRO

SECRETARIO DE ACTAS:

OSCAR A. CANDELARIA

SECRETARIO DE PRENSA:

LUIS TOMAS PRIETO

TESORERO:

DIEGO J. IANTORNO

PROTESORERO:

CESAR FERRER

VOCAL:

**GASPAR BENAVENTO - GERMAN BERDIALES - MARIA
L. BERRONDO - RICARDO BOSELLI - ALEJANDRO CAS-
TAGNINO - MARCELO JUSTO CASTRESANA - FRANCISCO
ESTEBAN - MANUEL DE LA FUENTE - ULISES RENE
GIRARDI - RODOLFO GONZALEZ - CARLOS A. OVIEDO
JOSE MIGUEL SPERANZA**

¹ También se desempeñaron en esta Comisión la doctora Rima Núñez como vicepresidente 2º, y el señor Alberto H. Alvarez como secretario general.

I N D I C E

	PAGINA
Cronología gonzaliana	13
Breve historia	15
Joaquín V. González, interpretado por:	
A. Eleázar Roldán Sánchez: "Joaquín V. González"	21
Bernardo Canal Feijóo: "Las fundaciones de Joaquín V. González"	25
Angel Ricardo Becerra: "Un predestinado"	31
Luis Tomás Prieto: "Joaquín V. González: el poeta y su mística"	35
A. Eleázar Roldán Sánchez: "El centinela de los Andes"	49
José Carlos Astolfi: "Joaquín V. González y su concepto de la historia"	55
Diego J. Iantorno: "Joaquín V. González y la educación"	69
Rendición de cuentas	89

CRONOLOGIA GONZALIANA

- 1863 Nace el 6 de marzo, en Nonogasta, Chilecito, provincia de La Rioja.
- 1881 Se inicia en las letras: *Armonías silvestres* (versos).
- 1884 Catedrático en la Escuela Normal de Maestras, de Córdoba.
- 1885 *Canto a la libertad de conciencia*.
- 1886 Doctor en Jurisprudencia. Tesis: *Estudio sobre la Revolución* - Diputado nacional por La Rioja.
- 1887 Proyecto de Constitución para la provincia de La Rioja - Ingresa en "La Prensa".
- 1888 Primer libro: *La tradición nacional* - Diputado nacional por La Rioja.
- 1889 Gobernador de La Rioja - Contrae enlace con Amalia Luna Olmos.
- 1892 Diputado nacional por La Rioja.
- 1893 *Mis montañas*.
- 1894 *Cuentos...* - Inaugura la cátedra de Legislación de minas en la Facultad de Derecho, de Buenos Aires.
- 1896 Vocal del Consejo Nacional de Educación - Académico de la Facultad de Filosofía y Letras, de Buenos Aires.
- 1897 *Manual de la Constitución Argentina*.
- 1898 Convencional por Córdoba para la reforma de la Constitución Nacional - Diputado nacional por La Rioja.
- 1899 Vocal del Consejo Nacional de Educación.
- 1900 *Patria - Historia - Legislación de minas*.
- 1901 Ministro del Interior - Ejerce interinamente otras carteras, entre ellas la de Relaciones Exteriores y Culto, por lo que actúa en la concertación de la paz con Chile y los Pactos de Mayo 1902 - *Problemas escolares*.
- 1903 Se recibe de abogado.
- 1904 *Proyecto de ley nacional del trabajo - Debates constitucionales - Los tratados de paz de 1902* - Ministro de Justicia e Instrucción Pública.
- 1905 Funda la Universidad Nacional de La Plata.

- 1906 Primer presidente de la Universidad Nacional de La Plata - Miembro correspondiente de la Academia Española de la Lengua - Delegado argentino a la III Conferencia Internacional Americana - Ministro del Interior.
- 1907 Senador nacional por La Rioja - *Universidades y colegios - Escritos y Opiniones en Derecho.*
- 1909 Presidente de la Universidad Nacional de La Plata, elegido por la asamblea de profesores.
- 1910 Miembro de la Corte Permanente de Arbitraje de La Haya - *Política espiritual - El juicio del siglo.*
- 1912 *Hombres e ideas educadores.*
- 1913 Académico honorario de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, de Córdoba.
- 1914 *Jurisprudencia y política* - Miembro del Instituto Americano de Derecho Internacional - Ingresa en "La Nota".
- 1915 *Política universitaria* - Versión castellana de las *Rubáiyát*, de Omar Khayyám - *La expropiación ante el derecho público argentino.*
- 1916 Ingresa en "La Nación" - Senador nacional por La Rioja - *Bronce y lienzo* - Miembro honorario de la Academia Nacional de Ciencias, de Córdoba - *Fábulas nativas.*
- 1917 *La propiedad de las minas.*
- 1918 Se retira de la presidencia de la Universidad Nacional de La Plata - Versión española del original inglés de *Cien poemas de Kabir*, de Rabindranath Tagore.
- 1919 *El Senado federal.*
- 1920 *Patria y democracia.*
- 1921 Miembro de la Corte de Justicia Internacional, propuesto por la Sociedad de Naciones.
- 1923 Muere el 21 de diciembre, en la ciudad de Buenos Aires.
- 1924 El 16 de septiembre se funda en la ciudad de Buenos Aires el Instituto Cultural Joaquín V. González.
- 1926 Sus restos son trasladados a Chilecito.
- 1934 Ley de edición de *Obras completas de Joaquín V. González*, a expensas del Estado y al cuidado de la Universidad Nacional de La Plata.
- 1935 Aparece el tomo I de las *Obras completas.*
- 1937 Con el tomo XXV y último de las *Obras completas* se pone término a esta edición.

BREVE HISTORIA

Por resolución del Instituto Cultural Joaquín V. González, adoptada el 30 de septiembre de 1962, se crea la Comisión Argentina de Homenaje al patrono de dicho instituto, con motivo de hallarse próxima la fecha en que se cumplirá el centenario del natalicio del prócer. Por unanimidad, se designa presidente de la misma al fundador del instituto, profesor A. Eleázar Roldán Sánchez.

La Comisión Argentina de Homenaje a Joaquín V. González, por decisión de sus miembros, resuelve actuar con total independencia de la institución que le dio origen y fija como sede social el domicilio de su presidente, calle Hipólito Yrigoyen 4106, primer piso.

Aunque la Comisión sufre inicialmente algunas deserciones entre sus miembros, ellas se cubren inmediatamente y comienza la ejecución del plan que se ha señalado: difundir, especialmente entre la juventud, las calidades morales e intelectuales del eminente educador y la alta jerarquía de su obra de pensador y poeta.

Se organizan diversos actos públicos en la Capital Federal, el primero de los cuales tiene lugar el 21 de diciembre de 1962 —aniversario del fallecimiento de Joaquín V. González—, a las 18.30 horas, en la Universidad Libre del Museo Social Argentino, con el siguiente programa: palabras por el presidente profesor A. Eleázar Roldán Sánchez; conferencia por el escritor Bernardo Canal Feijóo, y recitación por la señorita Susana Rodrigué del preludio de la "Sinfonía de la calandria" de Joaquín V. González.

El segundo acto cuenta con el auspicio de la Escuela Nacional de Comercio N° 1, que lleva el nombre del patricio, y se

efectúa el 16 de mayo de 1963, a las 18.15 horas. Se inicia con la ejecución del Himno Nacional Argentino por los alumnos de la escuela, con la dirección de la señorita Alicia E. Frassia, y sigue con “Semblanza de Joaquín V. González” por el rector profesor Adalberto D. Laplacette, palabras por el presidente de la Comisión Argentina, profesor A. Eleázar Roldán Sánchez, y conferencia del escritor profesor Luis Tomás Prieto sobre “Joaquín V. González: el poeta y su mística”.

Las autoridades de la Escuela Normal de Maestras N° 4 y el Liceo Nacional de Señoritas N° 2 colaboran con la Comisión Argentina en la realización del tercer acto, que se lleva a cabo en la calle Rivadavia 4950, el 27 de junio de 1963, a las 17.30 horas. El programa se integra con: Himno Nacional Argentino, por las alumnas de ambas escuelas; apertura del acto por la directora de la Escuela Normal N° 4, profesora Graciela Molina de Cogorno; presentación del orador por el profesor Ulises René Girardi; conferencia por el historiador profesor José Carlos Astolfi sobre “Joaquín V. González y su concepto de la historia”, y, finalmente, el estreno de “Vidalita”, letra de Joaquín V. González y música de la profesora Susana Gianneo de Echezárraga, cantado por el coro de la Escuela Normal N° 4.

El cierre de las actividades de la Comisión Argentina de Homenaje a Joaquín V. González —cumplido ya el propósito que presidió su creación— se realiza en el salón de actos de la Universidad Libre del Museo Social Argentino, el 24 de octubre de 1963, a las 18.30. El vicepresidente 2º, profesor José Carlos Astolfi, abre el acto y presenta al orador, profesor Diego J. Iantorno, quien dicta su conferencia: “Joaquín V. González y la educación”.

Además de estos actos, que reunieron abundante concurrencia y contaron con la colaboración y asistencia de nutridos y entusiastas grupos de estudiantes de ambos sexos, se desarrollaron otras actividades y se promovió la publicación y transmisión de noticias y comentarios relacionados con la fecha cuya conmemoración deseábamos que tuviera proyección nacional.

Para ello, la Comisión Argentina se puso en comunicación con el profesor Hugo Salas, presidente de la Comisión local de Chilecito (La Rioja), a fin de coincidir en los homenajes a rendirse al prócer en dicha ciudad, y destacó una delegación de doce personas, compuesta por las señoras Manón V. Gaglianone de Delgado Fito, Dora D. Iantorno de Salas Romero y Licia Ena Vizcargüénaga de Rodríguez Castro; las señoritas

Dora del Carmen Salas Romero, Amalia Clelia Poggi y Ana María de la Campa, y los señores A. Eleázar Roldán Sánchez, Luis Tomás Prieto, Diego J. Iantorno, César Ferrer, Francisco Rodríguez Castro y Ricardo Salas Romero, quienes costearon de su peculio personal los gastos ocasionados por el viaje.

Esta delegación parte para Chilecito el 1º de marzo de 1963 e interviene en los siguientes actos: día 4, a las 11 horas, en Nonogasta, en la casa natal de González, donde el Dr. Angel Ricardo Becerra habla en nombre de la Comisión Argentina, y a las 19 horas, en Chilecito, en la plaza Sarmiento, donde se inaugura un busto de Joaquín V. González. Día 5, a las 10 horas, en el cementerio de Chilecito, frente a la tumba que guarda los restos del ilustre hombre público, y a las 19 horas, en la Escuela Normal Joaquín V. González, en el acto académico que ésta organiza, el secretario de prensa de nuestra Comisión, profesor Luis Tomás Prieto, diserta sobre "Joaquín V. González: el poeta y su mística". Día 6, a las 9 horas, nueva reunión en la casa natal, con participación de representantes oficiales de la Nación y de la provincia, y a las 17 horas, en Samay Huasi, se efectúa una concentración de estudiantes y público frente al monumento de González y desde el lugar denominado "La tribuna de Demóstenes" disertan oradores de todo el país en nombre de instituciones educacionales; el presidente de la Comisión Argentina, profesor A. Eleázar Roldán Sánchez, pronuncia una alocución titulada "El centinela de los Andes".

La Comisión Argentina de Homenaje no contó con colaboración oficial, pero sí la tuvo en gran parte del periodismo, la que requirió para dar mayor difusión a su labor. Al respecto, cabe agradecer efusivamente la generosidad con que los diarios "La Nación" y "La Prensa", particularmente, brindaron sus columnas para que pudiéramos lograr el noble propósito que perseguíamos y que ellos también comprendieron y alentaron.

JOAQUIN V. GONZALEZ

Interpretado por:

**A. ELEAZAR ROLDAN SANCHEZ
BERNARDO CANAL FEIJOO
ANGEL RICARDO BECERRA
LUIS TOMAS PRIETO
JOSE CARLOS ASTOLFI
DIEGO J. IANTORNO**

JOAQUIN V. GONZALEZ

Disertación del profesor A. Eleázar Roldán Sánchez en la Universidad Libre del Museo Social Argentino, el 21 de diciembre de 1962.

Próximos al centenario del nacimiento de Joaquín V. González, hemos querido anticiparnos hoy, con este acto en el 39º aniversario de su muerte, como abriendo la puerta de entrada a los festejos de la centuria aludida; y digo mi humilde palabra, en nombre de la Comisión Argentina de Homenaje al patricio, sólo con el ánimo y el íntimo deseo de expresar el fervor y la admiración con que le miramos desde el alma.

En homenaje al maestro de la cultura y de la escuela argentina —cuya acción educadora para formar al hombre en su integridad moral, por la ilustración de la mente y, a la manera del hombre de Sócrates, por una experiencia activa, se inicia en la escuela primaria con sus planes de estudio y asciende en continuidad hasta ese gimnasio de la inteligencia que es la Universidad de La Plata, donde hacía filosofía de la cultura histórica, artística y científica con ese espíritu luminoso que le era característico— y además de vida tan fecunda en la cultura cívica, bautizamos con su nombre, en 1924, al Instituto Cultural Joaquín V. González que fundamos en su perpetua memoria.

Y a propósito de la palabra *cultura* quiero de inmediato señalar cómo González distinguía la diferencia del sentido que encierran las palabras *civilización* y *cultura*. Ocurrió ello en una de las sesiones del Senado al discutirse la ley del Censo nacional. “La civilización —decía González— es la suma de los intereses que determinan la fuerza dinámica colectiva de una nación; la cultura se refiere más a la formación del espíritu, de la moral de esa Nación que la lleva a destinos mucho más elevados que las fuerzas ponderables de la sola civilización. Así se dice que un pueblo es más civilizado y que otro es más culto;

y recuerdo que esa frase la aplicaba un ilustre escritor —Rubén Darío— que en una confidencia conmigo durante las sesiones del Congreso Internacional de Río de Janeiro decía una gran verdad: «Ustedes los argentinos son más civilizados, pero hay otros pueblos más cultos.»

La palabra de Joaquín V. González, que dice de todo el hombre que era, es de sabiduría y responsabilidad porque vivió por dentro de la patria, y así la comprendió y habló su idioma porque llevaba en sí el humus de la tierra y del hombre en su natural naturaleza noble, y como era grande la expresó con belleza ideal.

Ciudadano de la República, aspiraba en sueños azules, como ungido por una sabiduría divina, de reminiscencias pitagóricas y socráticas, al verdadero entendimiento de los hombres; sabía de una oculta armonía cósmica que está también en la esencia de la vida misma y en la del hombre cuando éste alcanza una consciencia despierta, clara, luminosa hacia la verdad y el bien para una democracia decente, limpia, de un pueblo culto. Al estudio para un desenlace digno, del doloroso drama de su pueblo, con fraternidad americana, entregó su vida y su espíritu con enérgica serenidad de hombre íntegro, sabedor de su saber y generoso de comprensión y amor.

Ahí están, sin más, sus diálogos con “Señá Calandria” —emblema de sabiduría poética—, o “El cóndor que no quiso hablar”, última de sus *Fábulas nativas*. Aquí el cóndor, Prometeo alado, mensajero de los dioses, tras viaje milenario, rendido de cansancio, a la hora de la siesta, bajo un sol ardiente, posa su cuerpo sobre la débil rama de un visco de la región montañosa, y se queda dormido. El salvaje instinto de un carancho alevoso, impotente para la lucha abierta, mueve con política rastrera triunfal conspiración en todos los habitantes de cuevas y aves de rapiña. Amarran las patas y alas del cóndor, que permanece sumido en profundo sueño y nada siente. Luego, asquerosa grito infernal, burlas y vejaciones mayores despiertan a la víctima.

González lo señala con palabras que bien pudieran decirse de sí mismo:

“Y sin proferir un grito, ni sentir el menor impulso de furor ni de venganza, hizo algunos movimientos de prueba para desprenderse de sus lazos, los que se rompían y quebrajaban como hilos de escarcha; y entonces, alzando en toda su amplitud sus alas imperiales, dio un vigoroso aleteo, sacudió con estrépito

el árbol, cayeron en trozos sus ramas y en jirones sus cadenas; y después de echar sobre la turba enemiga una mirada intraducible, con el mismo silencio y majestad de su llegada, emprendió de nuevo su vuelo hacia la altura, hasta perderse en los senos azules, como un cometa que no ha de volver nunca más a la vista de este mundo.”

Así transfigurado se fue Joaquín V. González, mirando con ojos entornados y tristes la bajeza de los hombres...

En el tiempo largo... dirá la leyenda que por las montañas de los Andes anduvieron Esopo, Platón, Platino, Virgilio, Dante, da Vinci, Ruskin, Tagore... en misión confidencial de amor con Joaquín V. González, quien les hablaría de libertad y amor fundidos en hilo conductor, interno, del espíritu argentino y les invitaría a montar su mula con el poncho blanco de la patria, en camino ascendente hasta su “Riti-suyu”. El eco rumoroso de la palabra pausada, medida, se extendería sobre la pampa de la cultura.

Señores:

El doctor Bernardo Canal Feijóo, que está en nuestra compañía esta tarde, nos va a brindar, además de su amistad tan honrosa, mucha luz de su espíritu para ver, delimitadas, facetas y aristas del prisma cristalino de González. Queda con ustedes.

LAS FUNDACIONES DE JOAQUIN V. GONZALEZ

Conferencia del doctor Bernardo Canal Feijóo,
el 21 de diciembre de 1962, en la Universidad
Libre del Museo Social Argentino.

Se le ha llamado, como a Sarmiento, “educador”. Yo creo que, lo mismo que a Sarmiento, más bien habría que llamarle “fundador”. Los dos pensaron y obraron infundidos de un mismo ideal cultural; pero en planos distintos uno y otro, sin que Sarmiento ni él, por mejor servir el propio, ignoraran o excluyeran el otro. Educador, Sarmiento, ansía, propugna, ante todo, la instrucción del “soberano”; simbólicamente, funda ante todo escuelas. Educador, González, veía que, desde Sarmiento, las escuelas estaban ya fundadas, o estaba dado legalmente el órgano para multiplicarlas al infinito; le preocupó otra instancia de la educación nacional: simbólicamente, funda una Universidad. “El problema argentino por excelencia —denunciaba— en la época presente, es la completa o suficiente educación de sus clases superiores.” Para él, la buena democracia peligraba menos por la incultura de las mayorías que por la ineptitud cultural y ética de las minorías ladinas encumbradas a la dirección social. Su dogma, muy poco tácito, de educador clamaba: “eduquemos ante todo a los directores”. (Paradojalmente, Sarmiento, más demócrata en su postulación, lo era menos en su concepción cultural; creía en una especie de aristocratización por la cultura.)

Tengo para mí que los años de experiencia docente en la Universidad Nacional de Buenos Aires, litoral por excelencia, tras los años de la formación doctoral en la de Córdoba, mediterránea y tradicional por antonomasia, plasmaron en el espíritu de González lo que hoy día, a casi medio siglo de su muerte, no puede dejar de parecer la conciencia universitaria más completa y fecunda de su tiempo. En ella conjugaban lúcidamente los dos polos de la conciencia nacional, de algún modo signifi-

cados en aquellas dos universidades matrices: ese polo que necesita ser centro, y ese polo que necesita ser vértice.

Soñaba con una universidad que fuese, como el nombre lo exigía, propiamente una *universitas*, la cifra de una totalización, dinámica y armoniosa, del vasto panorama del ser nacional, en sí mismo y en el mundo. No concebía una universidad estática, pero tampoco en fuga. Ni en el limbo ni hipotecada. Su concepción universitaria traducía la proyección cultural de su concepción patriótica. Como los jóvenes de la insigne generación del "Dogma", habló de "patria y humanidad", con voluntad de granjear al patriotismo lo que él hermosamente llamaba "mayor espacio afectivo y territorial". Pensaba que este necesario trascendentamiento de nobles instintos elementales podía y debía ser obra de cultura universitaria, específicamente. Llamándolo una "universidad nueva", se figura el órgano máximo de esta función trascendentadora como "casa de estudios y de educación social", taller "de trabajo y de producción". Por su propia índole, no debía estar excluida de ella "la clase obrera"... La idea era, para su momento, notablemente audaz; no debió faltarle coraje para argumentarla: "Las universidades —decía—, al abrir sus puertas a la instrucción de la clase obrera, realizan una misión humanitaria, sin cuidarse de que de ella pueda surgir mañana una revolución en el orden de los principios o fórmulas establecidos, tanto menos cuanto que es universal el hecho de que cada descubrimiento fundamental de la ciencia es el punto de partida de una nueva revolución en el orden de las ideas, de las instituciones o de las cosas."

La postulación lo aproximaba al socialismo de su tiempo.

De los multifacetados talentos de aquel grande espíritu, destaco solamente esta faz de hombre de pensamiento y voluntad de fundador universitario, porque veo que de cuando en cuando se trata en el país de algún proyecto de nueva fundación universitaria, y la referencia a la concepción de González, tan pertinente ahora como en sus días, envuelve un envite de conciencia profunda, nacional y cultural, para quienes deben responder de esas iniciativas; y porque no olvido que esa concepción pertenecía a un hombre que había fundado Samay Huasi...

El nombre de ese lugar obliga. Paráfrasis del Santiniketan de Tagore que todos traducen casa o morada de paz, todos traducen Samay Huasi casa de descanso o reposo. Morada de paz, sí, Santiniketan, pero no de la mera paz en medio de la guerra exterior de los hombres, sino paz en el alma de cada uno y todos,

paz consigo mismo, sin la cual la otra nunca dejará de ser mera tregua precaria. Casa de reposo o descanso, sí, Samay Huasi, pero no del mero descanso muscular o nervioso tras la mera fatiga personal, ni menos del reposo del guerrero... No es eso lo que quiere significar la palabra quichua, idioma quizá semánticamente inaccesible a una traducción a idioma occidental y moderno. Si Samay significa reposo o descanso entiéndaselo en la misma acepción que cuando se dice: esta torre, este templo, descansa, reposa, sobre sólidos cimientos. Samay Huasi quiere decir, realmente, la casa del cimiento o de los cimientos. O mejor, llevando la traducción a una sinonimia de lenguaje más trascendental, la casa de los fundamentos, nominativamente la casa del fundador, o sea de quien los da.

Está muy bien que él la nombrara en quichua, porque de ese modo comprometía tácitamente la idea a las razones más esenciales de la autenticidad, a razones de abstracto, que son las que en definitiva más importan, así en el campo del espíritu como en el de las cosas, porque son las razones de cimiento. Por muy altos que sean los plafones del templo o de la torre, la solidez, esto es la magnitud fundamental, no depende, ¡ay!, de plafones; ni hay, por último, plafones más elevados que los que tolera el fundamento...

Así concibió, y amó, y usó González ese lugar. Denominándolo Samay Huasi, dijo sentirlo morada de las hondas sustentaciones, pero también de la concentración. Allí hundía la semilla, y veía crecer y fructificar el árbol. La casa del trabajo profundo, del estudio sereno, de la producción levantada. Quien entienda a González descubrirá cifrado en ese nombre su ideal de vida y su ideal universitario.

El místico de Samay Huasi, se le llamó. El mismo reconoció serlo, pero “sin dogmatismos ni ceremonias”, aclaraba. Como los antiguos, situó en un altor el altar de sus íntimas consagraciones. Esa es la altura de Samay Huasi, en “sus” montañas; una altura abierta a una profundidad: el lugar de un culto; un culto casi secreto de divinidades innominadas o innominables, omnipresentes, que volvían sagrado, para él, todo oficio de las manos y todo afán del intelecto. Sin solución de continuidad su alma pasaba aquí de la agricultura a la cultura, convertidas en su mística a la raíz común, pues ambas vienen de culto.

Había nacido en 1863. Pronto se había manifestado en él el poeta. El título profesional y la inteligencia brillante pronto lo volvieron presa ideal del Moloch político provinciano, ham-

briente de verbo y dirección entonces. Desde aquel momento el hombre público irá confinando paulatinamente al hombre de poesía, a los secretos rescoldos de una vocación inabjurable; hasta 1915, en que, abandonada la vida pública, retomará el hilo relegado con alarde arrostrador. “No me avergüenzo ni escondo mi culto por la poesía, el arte, la belleza, aun en medio de las más prosaicas tareas de la vida combativa, política, docente, profesional”... Estaba en los últimos siete años de su existencia. Acaso ya era un poco tarde. Bien hubiera podido recobrase algunos años antes. No le habían faltado advertencias, algunas particularmente autorizadas. Quiero destacar entre ellas una que no ha merecido hasta hoy atención debida a biógrafos y críticos. Es un testimonio de valor inecuable; pertenece a Eduardo Wilde, el médico, y literato, y escéptico, por ende, humorista y sin duda no poco epicúreo. Contestándole a González, en 1910, el envío de *El juicio del siglo*, le describe con lenguaje inequívoco:

“Mi Doctor, ya se sabe que es Ud. uno de nuestros más grandes escritores, y por tanto yo, en lugar suyo, dejaría de continuar probándolo; abandonaría los temas universitarios, los discursos en las inauguraciones, las mentiras sobre los muertos, y las historias de las naciones; dejaría a los profesores, maestros de escuela, pedagogos, y demás mendicantes de este mundo, arreglarse como pudieran con sus atormentados discípulos, y me dedicaría a producir bellezas incomparables como el citado libro (*Mis montañas*), haciendo vibrar la literatura con tonos de arpa eólica, para traer al alma de sus lectores la brisa perfumada de su talento que suaviza y llena de alegría melancólica la vida del feliz mortal que tome en la mano sus romanzas sin palabras.”

Acaso esta carta le dio el coraje decisivo para reintegrarse de una vez, definitivamente, quizá un poco tarde, no sin arrosamiento, a su vocación esencial. Las obras que él llama “históricas y literarias”, reflejan la triple faz de su personalidad íntima de hombre de poesía, de hombre de religión, de patriota en cuyo *pathos* alientan esos dos. Por esta parte de su obra puede entreverse claramente hasta qué punto en él se daba el caso de un ser más importante que su obra, estando entero presente en ella por esa infusa dimensión trascendente. En su obra se siente la presencia de ese excedente. No es extraño que el testimonio personal de sus contemporáneos coincidiera en esta impresión partiendo del trato coloquial con él. Su espíritu sólo

estaba en parte visible en su obra; estaba en ella principalmente invisible. La lección que emanaba de su persona —a estar al testimonio contemporáneo—, como la lección que emana de sus obras, es algo más que docente, es ejemplar; la letra no acaba de desprenderse en éstas de la voz. Leyéndolo se le oye hablar. Imposible dejar de pensar en Sócrates. De algún modo sentimos que la plena medida de sus pensamientos sólo podría surgir de un testimonio discipular semejante a los diálogos socráticos. Perdón si desmesuro los paradigmas; no hay otro modo de fijar las justas medidas.

A casi medio siglo de su muerte no se ha alcanzado todavía la perspectiva total y verdadera de este “gran argentino”, de su obra, de su espíritu. Permanecemos todavía en el juicio de sus contemporáneos. No hemos alcanzado todavía, respecto de él, lo que sin duda recién comienza a ser posible: “el juicio del siglo”, para emplear sus propias palabras. Una sentencia que por oriental viene bien recordar a propósito de González, dice que toda obra del espíritu es dada para el otro siglo. Pocas veces el hombre llega a tener conciencia de esta dimensión inherente. Esa conciencia, cuando va acompañada de cierta certidumbre visionaria, pide ya el nombre de “don de profecía”. Más de una vez González se sintió —y declaró— poseído de este don: vale decir que él mismo entendía que la verdadera magnitud de su obra —de su ser— debía escapar por fuerza y en su mayor medida al juicio contemporáneo. ¿Era esto orgullo?... ¿Y este orgullo era legítimo?

¿Qué se sabe, a ciencia cierta, y a fondo de su obra? ¿Cómo han sido, cómo tendrían que ser hoy, valorados “el poeta y místico”, “el constitucionalista”, “el fundador” de una universidad, el universitario, esto es, lo más objetivado de su espíritu por así decir, y qué relación profunda existe —si es que existe— entre esa obra y la condición íntima de su personalidad, que el cariño póstumo se esmeró en destacar al borde de su tumba?

Se le llamó polígrafo, se señaló su “inmensa” erudición, sus muchísimas y bien retenidas lecturas, como mérito superior de su espíritu. Ninguna de sus obras, empero, puede juzgarse realmente erudita o extraordinariamente informada; sus méritos —como él diría— son otros, y sin duda menos al alcance de cualquiera, como es la erudición. Sin ser propiamente original nunca, su obra toda, empero, se impone por un valor que excede en mucho al de la mera erudición: es, pura y sim-

plemente —y no cabría decir nada mejor de ninguna obra— auténtica. Acaso no agregue en definitiva nada nuevo; pero no sobra, y si importa al peso del pensamiento argentino, habría que decir que es al peso específico no al otro, como tanta otra obra indudablemente importante.

Cabe decir que hasta hoy su obra es más conocida por fuera, por sus contornos topográficos, que por dentro, por sus riquezas internas y subterráneas. La percepción global detiene la admiración al pie mismo de la mole. Los cendales, las tiernas brumas del cariño, o, lo que es acaso peor que eso todavía, espesa cortina de la proximidad, impiden discernir hasta hoy, nítidamente, la envergadura esencial de esa obra.

Tengo para mí que en esa envergadura poco cuenta la dimensión volumétrica. Cuenta menos el espacio que ocupa que el espacio que allana. Son riquezas internas: cantera, venero, vertiente, manantial, concentrativas. Pide cateos, sensibilidad, rabadomancias, sed... No es posible alcanzarlas si no es entrándoles adentro, para decirlo con pleonismo gozoso. Sé que a él —y sobre todo a su fiel hijo Julio V. González— le hubieran placido estas aproximaciones metafóricas a sus “montañas”. Ciertamente digo que, de algún modo, su obra envuelve o cifra una especie de réplica virtual —como la de las cosas en la imagen del espejo— de su paisaje natal, esa conjugación trascendental y feliz de montaña y de cielo, en que la montaña se concede al infinito secretos gozos supinos, y el cielo le exprime encima estrellas en destilación de zumos pitagóricos traspasadores.

UN PREDESTINADO

Alocución del doctor Angel Ricardo Becerra, el 4 de marzo de 1963, en Nonogasta, en la casa natal de Joaquín V. González.

La Comisión Argentina de Homenaje a Joaquín V. González ha querido estar presente en este Nonogasta de sus mayores. Ha querido que su voz, por mi intermedio, resuene en el ámbito de sus cuatro paredes como un cántico a sus montañas queridas. Joaquín V. González ha visto la primera luz del mundo acá, entre estos muros seculares; aquí se oyeron sus primeras manifestaciones de un ser que llegó a la vida como un predestinado y, reunidos todos como en un templo, rendimos este homenaje en el centenario de su nacimiento.

Los grandes estudiosos de nuestro país descubren nuevas facetas de este espíritu privilegiado, buceando sus obras. A ellos corresponde proseguir en esta tarea. Nosotros queremos penetrar en la raíz del hecho insólito de que un niño como tantos sobrevive después de un siglo de su nacimiento. ¿Por qué Pericles, Sócrates, Demóstenes, cuyos genios y designios persisten a través de los siglos, siguen actuando entre nosotros? ¿Cuál ha sido el soplo divino que han recibido estos hombres que eran como nosotros, que andaban y hacían vida como nosotros, para que sigan viviendo a través del tiempo? ¿Qué privilegio extraordinario influye en la psiquis para llevarlos a la cumbre? Son predestinados, son precursores, son hombres claves para indicar con su obra perenne el derrotero que han de seguir las nuevas generaciones. Piensan, escriben, aconsejan y proyectan para el futuro. Sus contemporáneos no los comprenden, no los interpretan y hasta los difaman. El común de la gente no mira la cumbre de la montaña. Esta muestra su grandeza únicamente a través del tiempo. Son hombres del futuro que perdurarán por los siglos de los siglos. Esta la causa de

venerar lo pasado, de mirar atrás, porque ellos llegaron al mundo con un mandato de Dios para fijar rumbos a los que llegarán.

Pero, ¿cuál es el fenómeno psíquico que en una familia numerosa haya surgido a la vida en esta modesta casucha un hombre de condiciones relevantes cuyo centenario festejamos hoy? Son fenómenos telúricos, raciales o circunstanciales que en este entrevero de varones y mujeres haya surgido un ser con las cualidades intelectuales extraordinarias para darnos un ser privilegiado con las dotes de los grandes varones, digno de figurar en las vidas paralelas de Plutarco. ¿Qué causas ancestrales han influido en este niño nacido en esta modesta aldea perdida en el conglomerado preandino, bajo este cielo y este sol? Un niño como tantos niños entre tantos hermanos. Un niño como tantos que se perdía en las siestas agobiantes de este Nonogasta desde hoy inmortal, pero que surge luego como un exponente grandioso en el escenario nacional para proyectarse como un gigante en el ámbito universal. Es porque es un predestinado. Este hombre que veneramos hoy ha captado y ha interpretado hechos con una premonición que no estaba al alcance del común de los mortales.

Eso fue González con este apellido y nombre tan común: ha dado al país un nombre que no es vulgar ni común. Decir Joaquín V. González es decir el escritor del futuro, el legislador del futuro, el poeta del futuro, pues su obra se proyecta en el tiempo como las obras de los grandes varones de la historia.

Cuenta Plutarco que la palabra "cicerón" era un mote denigrante entre los romanos, pues quiere decir "verruga". Al saber esto el célebre orador Marco Tulio, contestó: "Yo haré célebre ese nombre." Y así fue. Cuando los grandes hombres surgen a la vida, no interesa su origen ni su nombre. Son grandes porque proyectan sus obras a través de todos los tiempos para nutrir a otras generaciones.

En este momento de subversión de valores, cuando la juventud se encuentra desorientada, viviendo únicamente el presente; cuando existe un quebrantamiento de la moral; cuando nuevas ideas presionan en sentido negativo, es más que nunca necesario e imperioso mirar el pasado. El ejemplo de hombres como González, que vivieron, trabajaron y crearon para nosotros y para la posteridad debe estar presente en la mente de todos si queremos ver a nuestra patria ser lo que ha sido siempre y lo que debe ser en el futuro.

Jóvenes que me escucháis: buscad en la intimidad de estas vidas el origen de la grandeza. Estudiad a fondo y veréis nuevos motivos de reflexión; nuevos hechos que os harán meditar, nuevos pensamientos y nuevas ideas para llegar a las alturas. Si queréis triunfar, trabajad, estudiad, perseverad. He ahí el ejemplo.

Joaquín V. González fue un predestinado; fue un maestro; su luminosa personalidad se proyecta por el ámbito universal. La grandeza no tiene fronteras. Y así como hablamos de la era de Platón o de Sócrates, hablemos también con orgullo de la "era de González".

Nada más.

JOAQUIN V. GONZALEZ: EL POETA Y SU MISTICA

Conferencia pronunciada por el profesor Luis Tomás Prieto, el 5 de marzo de 1963, en la Escuela Normal Joaquín V. González, de Chilecito, y en la Escuela Nacional de Comercio N° 1 Joaquín V. González, el 16 de mayo de 1963.

Las horas actuales son horas urgentes, dolorosas, el quehacer es inmenso, me ahoga una angustia infinita; ya casi nos han robado el tiempo para la meditación y para el ensueño. Creo que las palabras de La Bruyère tienen plena vigencia en estos años condolidos que nos ha tocado en suerte vivir, cuando expresa: "...casi nadie se da cuenta por sí mismo del mérito de su prójimo. Los hombres están demasiado ocupados de sí mismos para penetrar en los demás o discernir sus condiciones; por esa razón, con un gran mérito y una gran modestia se puede permanecer largo tiempo ignorado". Digamos hoy, y lo estamos proclamando con nuestra presencia, rodeado de nobles amigos, en esta amada provincia de La Rioja, y en este plácido atardecer, humildemente, cómo siempre nos queda un minuto eterno, aun en la mitad de la noche, y en la mitad del sueño redimido para meditar sobre nuestros muertos ilustres y evocar un poeta, sí, un poeta tocando con sus dedos mágicos el filo de una esperanza, más allá del verbo; y entregar como una siembra su ideal, sobre su voz pura, no eco, sí música, floración total sobre el alba, junto al vértice nevado de la montaña provinciana.

Fue un quehacer agradable, un trabajo gozoso —como diría Juan Ramón Jiménez— aunque abrumador por la responsabilidad que encierra: buscar y dar a la luz, en justo equilibrio, el juicio que nos acerque a su rostro, hoy y siempre iluminado, iluminándonos...

No aspiro a descubrir una nueva posición estética, sólo deseo, sencillamente, expresar una manera de ver y de sentir al hombre de ayer, al hombre vivo, "prisionero de su contorno

inexorable” —palabras de Ortega y Gasset—, e interpretar sus aptitudes de conformidad con mi visión, un tanto limitada por obra de mi modesta capacidad receptiva.

Ya está junto a mis manos cálidas el niño, cuyo corazón comenzó a latir un 6 de marzo de 1863, “. . .el que nació en tierras de cuevas, de precipicios y de brujas —son sus palabras— y también de promontorios, de cumbres y de nieves eternas”. Vivía en un rincón de encantamiento, en Nonogasta, apretado de montañas mayores; allí aspiraba como morador de un palacio misterioso el aire —cal y canto— en las noches blancas, sonoras, transparentes. . . , donde la paz surge como una armonía indisoluble. “Un armisticio milenario —repetiré con Jean Aubry— donde se funden la naturaleza, los hombres y las cosas.”

Muchas tardes lo vieron los pastores montañeses marchar por un sendero del color del tiempo, en la hora violácea del crepúsculo; su alma, una vara de espumas confundida con el tañido de la campana de bronce, centenaria, del campanario viejo. . . Unidos, recorrían el valle; eran músicas, más que palabras —voz única— que arribaban de un país sin rostro, para convocar a todos los hombres a la meditación y al ensueño. . .

En aquella soledad de su infancia, entre montañas, bosques de algarrobos y de talas. “La soledad de la montaña —cantó el poeta— no es soledad”; es, diré, una dichosa soledad habitada. Sí, habitada de ecos armoniosos que ruedan por los rieles del alba, de valle en valle, de colina en colina, y se suceden dulcemente, blandamente. . .

¡Oh lenguaje de la tierra —raíz y sangre— casi insondable!

Ecos que cantan en la música etérea de las aves, en el cimbrear de las palmas del viento, en la gota de agua pura que cae. . .

“Jamás tendrá el placer de la armonía —expresará más tarde— quien no perciba el alma del espacio, de la piedra, del agua, de la selva.”

Para ese maravilloso niño montañés, presuroso y sereno, humano y simple, las cumbres le dieron todas las respuestas: todo llanto tuvo su eco doloroso y todas las angustias se apagaron en el valle, renaciendo. . .

Muchas tardes un anciano bondadoso, criado de su padre, lo llevaba de la mano hasta la garganta del monte, se trepaban trabajosamente por la ladera de la montaña, y sus ojos redon-

dos, asombrados, contemplaban absortos —huérfano de palabras— la soberana grandiosidad del paisaje...

Y retornaban cuando el sol como una gota de oro inmenso bañaba la nevada cumbre de su Famatina inmortal.

Su alma en esa edad mágica gusta del silencio y asciende por la leve colina para estar más cerca de los astros.

“El niño conoce toda suerte de palabras sabias —expresa Rabindranath Tagore— aunque muy pocos en la tierra puedan comprender su sentido, y así, por algo es que no quieren hablar.”

Su alma vivía en plenitud gozosa. Para su suerte se cumplía el precepto de su amado poeta, que escribiera en una carta fechada en diciembre de 1914: “El alma proporciona su mayor belleza y fragancia, no cuando queda aprisionada entre manos vehementes que la estrujan, sino cuando se la deja sola y abandonada a la inmensa libertad de la luz y el aire.”

Desde niño supo de la orfandad de las caricias maternas —se alejó tempranamente del rincón nativo— y sin darse cuenta, en el recuerdo, la rosa diminuta..., la calandria amiga..., la hoja de oro... se fueron vistiendo de gracia en su soledad naciente.

A veces se quedaba abstraído, encerrado en sí mismo, respirando el aire de su universo; su cerebro ya tejía las primeras ideas, “...y comenzaba a recorrer por sus venas —nos dirá más tarde—, por su corazón, por su mente, un frío de soledad”. Soledad que invade al niño desde su amanecer porque dos manos puras no lo acariciaron al llegar la mañana nueva y el beso prometido quedó detrás de la distancia; y se sintió solo, cercado de cenizas sin tibieza, tembloroso... Sé que esa noche, oculto entre los lienzos de su lecho, dos lágrimas corrieron por sus mejillas, y se quedó dormido...

Y entre sueños vio ascender a sus padres ancianos, en su homenaje repetiré sus nombres para que el eco corra y resuene en el deleitoso valle: don Joaquín y doña Zoraida. Los vio ascender —dije— hacia la cumbre de una montaña cubierta de nieve, y mientras ascendían, dificultosamente, los despedía. Cuando llegaron a la cumbre los contempló como dos estatuillas de oro, envueltas en el resplandor del poniente, después desaparecieron...

Quiso el niño detenerlos, se lanzó a la carrera por la ladera de la montaña, gritó una y mil veces, su voz lastimada se fue apagando, y cayó rendido sobre la fría curva de la piedra herida...

Ese sueño lo acompañó toda su vida “porque al despertar —ha dejado escrito— no encontré a mi lado, para desvanecerlo, esos seres amados que se iban para siempre”. Desde ese instante vivió en soledad creciente, meditando —a pesar de darse íntegro— y comprendió que la vida lastima desde la primera aurora, como una rama con espinas a cada golpe del viento; y fue para él “...la primera batalla —confesó a un amigo— reñida con el dolor, el primer paso del hombre por el mundo, y el primer desgarramiento”.

Y el niño despertó, en su retina húmeda todavía se dibujó el techo de su casa paterna, edificada de adobe, sobre una colina rodeada de álamos verdinegros. Su mirada se detuvo junto al libro de su poeta predilecto, y encontró “un ramillete de violetas y se reconcilió con la vida”.

Cuidadosamente separó algunas y las colocó entre las hojas de una de las primeras cartas que salieron de su pluma, rumbo a su pueblo natal. Le escribía a su madre, “...mujer tímida y amante, sencilla como una flor”, así la evoca; fue su primer mensaje poético, pleno de ternura, él sabía que a su arribo, su noble padre se sentiría dichoso, y el llanto bañaría las mejillas suaves de su madre inolvidable.

Tal vez en alguno de esos pliegos blancos, la pluma traicionera escribió estos dos versos:

“...y la luz y la música están tristes
con la divina unción de la partida”.

Fecunda etapa de su vida que le fue creando una sensibilidad exquisita, era una cítara suave y tierna que se transformaba en música, casi celeste, al más leve contacto del aire...

No le preguntaron a nuestro niño amado, para su dicha, si deseaba ascender hasta la cumbre del Famatina sagrado, como le preguntara a Tagore su padre: “Si le gustaría ir con él a los Himalayas.” “¡Lejos de la Academia de Bengala —exclamó— y a los Himalayas!”

“¿Que si me gustaría? ¡Ay, si hubiera yo podido desgarrar el cielo con gritos de alegría, eso hubiera podido dar alguna idea de mi arretrato!”

No le preguntaron, es verdad, pero no dudo que hubiera sentido la misma inexpresable emoción. Y trepó para su suerte, igual que el niño bengalí, en un atardecer en que cae la luz como hilos de cobre, detrás de la montaña sagrada...

Y comenzó a ascender su empinada ladera hacia el plano inalcanzable donde el sueño tiene —entre claridades— su descanso.

Observó las quebradas como verdes heridas y con los dedos trémulos fue guiando los escondidos senderos misteriosos.

Su alma se fue poblando de genios y laureles “y su fantasía —dirá luego— de buenos y de malos espíritus, de dioses tutelares y de leyendas míticas, con sus rebaños de ciervos y vicuñas que parecen llevar en su instinto toda la poesía de los paisajes que habitan”. Esos paisajes, en su visión ardorosa —minuto a minuto—, han ido iluminando su alma —fervor hecho espada— más allá de las cigarras, renaciendo en la palabra aún no entrevistada. “Instante en que se rompen todas las normas —expresa Ramón del Valle Inclán—, que todas sus luces se detienen.”

Es la hora del tránsito. Ha caído en estado de gracia que engendra lo infinito. Dará su corazón, y en el enigma de la rosa encendida florecerá un amor inefable por todo lo creado.

En ese camino hacia los astros el niño se fue quedando solo, todo le era desconocido, y hasta la muerte misma le parecía una liberación. Sus manos se purificaban al contacto del cielo; y sus ojos, apenas entornados, se iban colmando de bondad.

Allí, en ese plano —segundo eterno— de deleitosa contemplación, la soledad sonora le fue descubriendo en mágico alumbramiento un mundo nuevo, distinto, entre la blanca montaña y el rumoroso valle...

“En ese instante —expresa el poeta— he sentido impulsos extraños que me aislaban de la tierra, a difundirme en el cielo entrevisto en la meditación, y allí, tan cerca de los astros, de la sombra infinita y absorbente, he deseado extender los brazos y arrojarme inerte en el vacío.”

Allí, en ese espacio habrá repetido palabras de Azorín: “No hago nada, no digo nada, y gozo de la soledad y del silencio.” En ese plano, en el descanso más alto, frente a ese espectáculo victorioso los ojos del niño se pueblan de infinitos entusiasmos. Fue un cirio encendido, una emoción —aliento y rocío— camino de las cumbres, bajo los cielos cárdenos...

Después, el espacio vuelca su bruma vencedora. Agoniza el día. La montaña sagrada se puebla de rumores.

Sintió crecer su corazón igual que su universo. Todo cantaba para él en un lenguaje celeste: el aire, la hierba, el pájaro, en ese país pequeño, del asombro, sin tiempos...

Y allí cantará:

“Jamás tendrá el placer de la armonía
quien no perciba el alma del espacio
de la piedra, del agua, de la selva.”

Trepó la montaña un niño y descendió de los cielos un poeta, para entregarnos un mundo de silencios desvelados. Se llamaba *Joaquín V. González*.

Y nos repetirá consustanciado con su admirado poeta hindú: “Oigo la crecida atronadora que despeña mi vida de mundo en mundo, y de forma en forma, esparciendo mi ser en una infinita espuma de regalos, de pesares y de canciones.”

“La montaña nativa habló por mí —expresó un día—; yo transmití el mensaje del alma difusa de los seres muertos y vivos que en ella tienen nidos y sepulcros y entonces vi, conocí, sentí que era místico.”

Fue un místico y vivió muchas veces en estado de éxtasis. Para él, “la contemplación tuvo carácter de fuerza, de energía, hasta llegar a la visión real de las cosas inmateriales y corpóreas”. Leopoldo Lugones dijo: “Su grandeza estriba en la serenidad de su fuerza.”

Fue un enamorado de su quehacer artístico, y supo del dolor que deja en los labios el advenimiento de cada verso.

“Ningún drama es comparable en punto a interés emocional que el drama personal e íntimo de su autor que revela a los demás —escribe— los goces y la tortura de su alma en el proceso de su elaboración ideológica.”

El poeta de la montaña convive con la piedra, con el árbol, con la tierra, con la nube redonda como una lágrima, junto a la morada de la alondra, y todo lo poetiza; porque piedra, árbol, tierra, nube, le entregan su energía vital, invencible, con que el creador concreta, ¡oh rosa perfecta, desmayada!, la conquista de su universo estético.

Ha descendido un poeta, su fervor es aire, menos que aire, luz, y su palabra, apenas balbuciente, música...

Ha llegado con la carga de “su cielo” y al contemplar los astros disolverse en fantásticas irradiaciones entre sus ojos, percibe y oye lo que se agita en la región soñada de la belleza pura, de la absoluta libertad, de la originaria libertad de espíritu. Esa fue su norma estética.

Ahora tiene fe en los hombres y sabe que el pensamiento es la llama que transforma en hecatombe toda fuerza instintivamente guiada.

Retornó con su espíritu abierto a la contemplación luciente.

Ya se acerca, se acerca a nosotros en puntillas, nos tiende la mano y nos habla en silencio, paternalmente...

Alguien lo llamó panteísta, y él le respondió que tenía razón, "pero de un panteísmo natural y poético, inmanente en el espíritu de su medio".

Amó la naturaleza con el mismo fervor que el poeta de Santiniketan; para ambos fue como una maestra ideal y ante su belleza arrobadora "...se apagan las palabras en nuestros corazones —expresó Tagore—, y nos pide en cambio por contestación una música sugeridora de lo indecible".

Vivió respirando su paisaje, sea hiedra, calandria o gota de rocío; todas rozaron su corazón sensible de poeta. La belleza era para cada una de ellas su único prestigio, por esa razón hiedra, calandria o rocío eran libres.

Amó la tierra de sus mayores porque tal vez Ceres le enseñó a abrir el oloroso surco con la reja del arado que aprendió a construir en las páginas de Hesíodo.

Y cuando le faltaron la bellota y los frutos para su floresta sagrada, fue Virgilio el que le repitió en silencio desde una página de las *Geórgicas* su primera lección de amor.

"Crear lo que nunca veremos, esto es la poesía", ha escrito Gerardo Diego. Poesía que es para Joaquín V. González un fervor y una claridad. Fervor, deseo íntimo y fuerte con la gran entraña del mundo. Y claridad por la que el mundo mismo es interpretado de un modo intenso.

Su poesía y su prosa están enraizadas en la realidad visible; pero anhelan, ascendiendo, tocar la realidad invisible. Ideal lúcido, único, más allá de la frontera de las lágrimas.

Realizó y concretó su mensaje estético; está vivo y palpitante en su obra. "La poesía —expresa— es un amor ideal, es un fervor superior al interés, a la ambición, al poder, es una voz honda que arde más allá de la sangre y que llega a los labios hecha música alada..."

Son ríos de la tierra —napa traslúcida—, ríos de sangre sólida, de la sangre nuestra, de nuestra carne, que la empujamos con el latido de nuestro corazón, a la raíz de la tierra, al aire, a la luz...

Fue un apasionado por la poesía. "...nunca me atreví a traducir sus poemas (se refería a los *Cien Poemas de Kabir*), aunque los siento hasta el fondo de mi vida."

Y cuando acometió la empresa, eligió la alta noche, porque según expresara a su admirado amigo Arturo Marasso, también fue mi inolvidable maestro, "...se apagan los ruidos difusos y podemos concentrarnos en el reposo", y concebirla como "una nueva creación".

González nació en su medio y en su poesía. Creó su lenguaje trascendente para dar su verdad sobre su tierra, su raíz y su canto.

"El hombre nace directamente a su poesía —escribe Juan Ramón Jiménez—, vive, sabiéndolo o no, en el reino bueno de su poesía." Y Joaquín V. González sabía de su andar seguro por el prado de su claro, único país poético.

Sus estudios lo alejaron de su hogar paterno, estudió primero en el ilustre Colegio de Monserrat, allí modeló la arcilla maravillosa de su alma que quedó impresa con los dorados dedos de la sabiduría.

Dos estímulos lo alentaban en su afán de saber: creer en un ideal superior capaz de engendrar nuevas y fecundas ideas, y un deseo no disimulado de aislarse y vivir en soledad —floreciendo— para el goce de la meditación y el éxtasis.

"Estudiaba, pero más pensaba y soñaba —escribe— en las horas de reposo." Pensaba en su rincón natal abandonado, y creaba un mundo de esperanzas entre aquellas frías bóvedas eternas de su histórico colegio...

Luego su paseo periódico con los compañeros que lo invitaban y lo arrastraban "a un mundo de sensaciones desconocidas".

Recorrían siempre el mismo lugar, casi familiar, junto a las márgenes de un río torrencioso, sombreado por una verde túnica de temblorosos sauces...

Después, abandonó a sus compañeros. "Los cántaros huecos suenan mucho", repetirá con San Agustín. Prefería la otra soledad, la soledad acompañada del rumor de la vertiente que se derrumba, en arcos de luces, al primer contacto de la luz, desde la montaña próxima; o contemplar la quietud del lago con sus nubes navegantes, igual que peces asombrados, donde la gracia transparente tiene su refugio de paz.

"Esas nubes empezaron a absorberme —escribe—, a esclavizarme." La misma inquietud hacía vibrar el alma de Tagore

frente a una nube, y recordando su infancia, años después, repetía: “Me sentía como transportado de gozo contemplando pasar las nubes, una a una por el cielo.”

Y frente a esas nubes con formas de gacelas, de ciervos, de castillos en el espacio azul, infinito, se preguntará nuestro poeta:

“¿Y qué diré del reino aéreo,
del reino mío del color y el canto
y del lenguaje musical?”

La poesía fue la esencia de su espíritu. Su voz entre el aire y la tierra era un latido íntimo que vibraba transparente en el instante que el amor a la realidad del mundo se fue haciendo luz detrás de sus ojos. Voz que viene de lo hondo, como un temblor —raíz y lloro— y naufraga junto a su carne para entibiarla...

Muchas veces marchaba hasta un pueblecito cercano, escondido en un rincón encantado, entre olorosas huertas, creo se llamaba San Vicente. Iba solo. Iba a respirar el aire blanco de una noche de luna. En ese rincón aprendió “...que cuando reina el amor entre los hombres virtuosos —nos ha dejado escrito— las fronteras más seguras son las de las flores”.

...Y retornaba por el estrecho sendero ocre, en la hora malva del crepúsculo. Las primeras sombras jugaban ya junto a sus pies... Entraba en la celda del colegio envuelto en una angustia casi evangélica —huérfano de palabras— y apoyaba su cabeza atormentada “como la hiedra a los maderos de la puerta sintiendo a veces —recuerda— nublárseme las pupilas y anudárseme la garganta”.

Una tarde llegó hasta una casa humilde; en su imaginación de adolescente surgía como un palacio rodeado de árboles y flores, envuelta en una atmósfera beatífica.

Se acercó a la puerta; “llamé con las manos, pero muy suave —anota—, tímidamente, para que sólo me oyese la joven que parecía, también como yo, poseída de alguna vaga melancolía.” “Mi voz y mi rostro —afirma— debieron reflejar tan al vivo mis sentimientos, debía de estar yo tan romántico que provoqué un sentimiento tan efusivo, tan fraternal que apenas pude dominar la sorpresa y el júbilo que transfiguraron en ese instante toda mi vida.”

Había sido tocado, a pesar de su juventud, con la vara encantada del amor. Después, la despedida...

Escapó deslumbrada la tarde entre sus dedos. Retornaron las sombras, y con los últimos oros del poniente volvió al colegio, "...en el día más feliz de aquellos tiempos". Luego, nuevamente el vacío, "...la ausencia y la soledad habían inundado mi ser".

Amó la escuela y tuvo fe en la juventud; participo humildemente de iguales sentimientos; y comparto sus desesperanzas. Y como Joaquín V. González, por ella, por la juventud, "nos desvivimos y por cuyo mandato nos agitamos los hombres en perpetuo rodar".

Como el maestro amado, diré que si un día se guía a los niños y a los jóvenes "con la luz interior de las ideas y con la energía invencible del amor, hacia el sitial oculto de verdad impersonal y eterna, entonces habrá concluido el reino del odio, el imperio de la mentira y el terror de la asechanza invisible".

¡A cien años de su nacimiento todavía no se ha cumplido su mandato!

El sabía que "no se aprecia a los pueblos tanto por su número material, cuanto por el valor específico de su cultura y de su mentalidad".

¡Cuántas veces habrá meditado impotente sobre todo lo que debía hacerse en el prado inagotable de la cultura, y cuántas veces sus recuerdos evocarían a su Grecia inmortal!

Vivió una intensa vida intelectual que se deslizó entre libros, humilde, silenciosamente... Repitiendo una y mil veces: "Sólo lo espiritual tiene elementos de inmortalidad."

Además, supo para su dicha de otra belleza "que como un escudo —expresa Marasso— lo defendió siempre, la belleza interior". La principal sed de toda su vida fue la sed de su propia esencia.

Amó los libros. ¡Leed a los antiguos!, expresaba con admiración. "Ellos consuelan los desfallecimientos del espíritu en las horas de prueba, y fortalecen las voluntades fatigadas de luchar en vano."

La compañía de sus libros predilectos y de sus maestros amados "lo abstraía —dice— de las realidades, y lo transportaba a un universo traslúcido, de cosas ideales y de afectos profundos".

Ahora lo contemplo leyendo a Platón o a Berceo; dejar la página, y descubrir "la divina belleza", "la que le abrió —nos dice Arturo Marasso— los caminos espirituales de la mística".

Lo animó siempre una pasión por la cual consagró su vida eterna. “No tengo más misión —expresa— que promover la cultura de mi país; todas las demás cuestiones me son secundarias e independientes, porque estoy convencido de que todos nuestros males, errores, defectos, desastres, vienen de la educación insuficiente.”

Aquellos temores supersticiosos que florecieron en su niñez los fue venciendo lentamente en los libros que le abrieron el camino de la ciencia, de la poesía, de los “fenómenos visibles”, y le fueron entregando como una carga maravillosa, hora a hora, minuto a minuto, las grandes y las humildes verdades que nacen en el ejercicio libre e independiente de la inteligencia.

Fue un pensador y un poeta, un contemplativo y un místico porque se dio en canto desde su “isla interior”, hasta encontrar “la luz prisionera en el corazón de la piedra”.

Recorrió todos los caminos estéticos, ¡oh gracia intocada!, en pos de la otra luz, ardiente, no escondida, sí inalcanzable, la de la belleza...

Su espíritu escogió otra forma del espacio cultural: la tradición, que es para Pedro Salinas “vivir sobre profundidades”, y porque es, además, “la habitación natural del poeta”.

En ella nace, se inspira, encuentra el aire, casi aliento, y por sus ámbitos avanza para cumplir su destino creador.

Siempre pensó en retornar un día al solar de sus mayores, a aquellos lugares donde su infancia —libre— transcurrió feliz; “porque nunca pudo desprenderse —escribe— de esas tierras áridas, rocosas, y erizadas de arbustos bravíos”.

Deseaba volver, imperiosamente, para cerrar él también su ciclo.

Ahora está “cuidando un naranjo, un parral, un rosal, porque son puntos de cita de los pájaros que me traen la diaria confianza de la tierra —anota— donde duermen mis padres, y así yo estoy en perfecta confesión y unísono con el alma de las cosas”.

Lo vimos descender un día de la montaña sagrada, impregnada su alma poética de la majestad de los cielos y de la pura claridad nevada; y ya, más cerca de nosotros, de la frescura del valle y del abismo sonoro. Descendió un poeta y un hombre inmensamente bueno, con las manos amplias, abiertas, y su alma signada, herida —dice— “de la pura aristocracia de la estrella, del pájaro, del árbol...”.

Volvió para aislarse “del mundo donde se olvidaran hasta de su nombre, ignoraran su existencia, y donde su vida floreciera hecha aroma como las violetas”. ¡Cómo las recuerda!, “perfumando el aire con sus sentimientos más excelsos”.

Joaquín V. González se sentó al pie del Famatina, elevó la mirada hacia las cumbres nevadas, ancló la nave de sus sueños junto a la bahía de la primera estrella y meditó en voz alta: “Es de envidiar la suerte del hijo de una aldea que ha conseguido un puesto notable en la sociedad, recomendando su nombre por alguna virtud, que ha gustado la gloria, o ha alcanzado bienes de fortuna. Cuando todas las ilusiones hayan pasado para él, y la sociedad de la vida lo ahogue, pueda encontrar alguna cosa con que llenar el vacío de su corazón; pueda volver al silencio de su colina, o de su valle nativo y evocar la paz del alma, que, como la fe, sólo se nos brinda en el silencio.”

Volvió a la aldea como un iluminado, avanzando por un sendero oloroso, de árboles cimbreantes, otros niños y otros pájaros, y una rama verde, renovada, le dieron la bienvenida...

Su corazón sensible, “pero atravesado de hondas cicatrices —nos dirá confidencialmente—, latió más fuerte al penetrar en el santuario de la vieja casona” que lo asiló en días de tremendas congojas.

Se nubló su mirada, brillaron sus ojos cansados por largas vigiliadas de estudio; se sentó junto a la mesa donde Augusta le enseñó los primeros palotes que le abrieron el misterio doloroso de la vida y el enigma escondido de la rosa...

Repetiré su confesión conmovedora: “...no sé si es de alegría o de dolor, la impresión de este recuerdo; pero sé que allí estuvo el génesis de este mal incurable”. Y retornó a su rincón natal como la abeja primorosa a gustar el néctar de su flor predilecta y a acariciar el laurel tembloroso —en su victoria— y a soñar en su infancia lejana... ¿Por qué me quitaste, oh tiempo —le dirá a Arturo Marasso—, el bello tesoro de ser joven?

Los años, inadvertidamente, le hicieron entrever la muerte. “La muerte —escribe— no es un hecho definitivo e irreparable; el alma humana sufre y sabe aún, que ella, sólo es un tránsito, una separación, una ausencia pasajera; que si arranca lágrimas, es porque para las almas toda separación, toda ausencia, por leve que sea, causa la sensación de la muerte.”

Cuando Tagore perdió a su madre, la vieja criada irrumpió en el cuarto llorando y gritando: ¡Oh, hijos míos, lo habéis perdido todo!

“Aquella muerte fue como una gran bendición para mí —expresará más tarde Tagore—; no se apartaba de mi espíritu día tras día, un sentimiento de realización, de plenitud, como si nada hubiese perdido (nada se pierde en el mundo). Entonces comprendí lo que era la muerte. Era la perfección.”

Arturo Marasso recuerda en emocionadas palabras los últimos días de este hombre venerable. “Lo vi —dice— postrado en su lecho, rodeado de volúmenes.” Con voz apagada, evocó tal vez, entre las primeras tinieblas de su retorno irreparable, a la isla de Delos, las ruinas de Tirinto, o un verso de Anacreonte...

Había llegado para el poeta el día más feliz de su vida, ser pan para la tierra, su sangre, verde savia... En ese lugar —descanso de luz— una flor nueva, primorosa, crecerá mañana, rediviva...

Su carne —raíz y sueño— se esparcirá por el solar sagrado, y una semilla leve, en el aire, cantará su nombre. El ave, calandria o cóndor, repetirá con voz amanecida la palabra del poeta hindú que tantas veces recordara:

“Su vida fue como una fruta, como una fruta a la que nada le sobra y anhela darse de una vez, con su carga completa de dulzura.”

Junto al pájaro amigo, cerca de los astros, radiante en la contemplación absoluta, soñó en todo lo increado. Se nos escapa de las manos, ya está en el espacio celeste, sobre el alba, más cerca de la gracia —entre lirios—, sobre un descanso de sienes impasibles, distante del dolor consumado y de la rama quebrada. Rindió su corazón contra la claridad de “su cielo” —delirante— y se quedó dormido... Diez y nueve calandrias velan su sueño, eternamente. ¡Sobre el laurel —su victoria— redimido!...

“EL CENTINELA DE LOS ANDES”

Palabras del profesor A. Eleázar Roldán Sánchez desde la “Tribuna de Demóstenes”, en Samay Huasi (Chilecito), el 6 de marzo de 1963.

Por fortuita contingencia, en estos actos de homenaje al prócer que nos congrega debo representar, en ejercicio de la presidencia, al Instituto Cultural Joaquín V. González, ahora miembro de la Comisión Nacional, y como titular, a la Comisión Argentina emanada de aquél para la celebración centenaria y cuya delegación se halla presente. Pero, advierto de inmediato que por nuestra parte el tributo de admiración a Joaquín V. González data del año 1924, y no es para ufanía que hemos tomado su nombre sino para gloria.

Hoy estamos aquí en Samay Huasi, al pie del legendario *Wamatinaj* de la antigua lengua incaica, que nombramos *Famatina*, y esta palabra ilustre en verdad que luce el brillo de la riqueza que guarda. Y la riqueza del espíritu de Joaquín V. González y su realización honorable en bien de la patria es lo que celebramos. De lejos le viene este don de jerarquía a su mente, que afirmó en su ser y saber de perfeccionamiento por el afán del estudio sin medida, y ello le autorizó para bautizar con el nombre de Samay Huasi a este lugar sagrado de íntimas meditaciones para la comprensión de la armonía cósmica y divina con la energía de un amor sublime capaz de elevar al hombre a las alturas definitivas.

Porque donde hay nobleza esencial hay virtud, como decía Dante, nuestro hombre tributó honras a la naturaleza con la virtud de lo propio de ella que llevaba en sí; absorbió de su seno la esencia de las cosas y seres vivientes y la aunó a la filosofía natural de la madre tierra, cuya alma cantó con palabra sonora y honda. Ciencia y arte han de haber en su fondo de amor, verdad y libertad como luz, y “la moral que habla

de las grandes leyes que determinan al hombre interior y le afirman en la existencia”.

En la virtud de su genio luce el alma diluida en este ambiente de luz y belleza multiforme, y ello nos ha traído a este *convivium* de la naturaleza, de donde tomó origen de vida y dijo con aguda intuición la palabra esplendente de su saber.

Infatigable inquisidor de las leyes secretas de la vida y del verbo divino del Cosmos que la historia filosófica y religiosa tratan de difundir por el mundo, con la interpretación de las leyendas más antiguas de todas las civilizaciones de que se tiene noticia, Joaquín V. González, en pareja empinación del espíritu con los altos poetas, descubrió que el amor es la ley que a todos liga. A ello llegó en anticipada coincidencia con Tagore, por ejemplo, cuya sabiduría luminosa había logrado traer desde el fondo más remoto de las razas y del tiempo en el escenario original.

¿Y no lo vemos a nuestro maestro nacer glorioso y genuino hijo de esta naturaleza que estamos mirando con asombro, tan rica en expresiones desconocidas para el hombre extraño, cómo investiga y penetra su íntima esencia en las cosas y seres orgánicos de la tierra y el cielo?

Traía en su mente el saber de los sabios de la historia, pero presintiéndose él mismo un ser nuevo, un órgano del saber en su continuidad, una “caja de resonancia” capaz de recoger los ecos y notas infinitos de esta armonía cósmica, que él sentía en toda la extensión y profundidad de su ser; canto del agua, del árbol, del viento; música y danza; canto de las aves en las siestas ardorosas o en las tinieblas de la noche. Había sentido, partiendo de su tierra nativa, que en ella se ocultaba un inmenso poder germinativo de riqueza espiritual que se extiende por toda la vastedad andina. Y se propuso, con su potencial poético de artista, nacido virgen de las entrañas de la madre tierra, desenterrarla y difundirla en el mundo nuevo, para integración de una cultura y civilización consiguientes.

De la primera existencia del hombre le hablaban la leyenda, la tradición, la poesía y la historia; había tomado conocimiento de la ciencia del saber antiguo de Roma, Grecia, la India y Judea, y a él aspiraba a sumar, con el estro natural que llevaba en sí, el aporte de su visión como lo habían hecho las más altas cumbres del pensamiento y la sabiduría. Así iba formando un torrente de ideas animadas que anegaban todo el ámbito de la patria. Y brillaba cada vez más alto su ideal argentino por

la afluencia magníficamente pura que habla en idioma propio del *Anti*, de América, el de una naturaleza virgen que él interpretaba a través de voces de razas milenarias.

Muy pocos han de igualarle, si los hay, en aquella su ansiedad, pacífica, de sereno andar enérgico, alimentada con luz propia, de buscar el sentido del verbo americano para entrar en la divinidad del saber del hombre sobre la tierra. Lo sentía desde una profunda sensación que se hacía consciencia de la naturaleza que habla y dice su esencia en la piedra, el agua, la flor y el canto, música y danza de sus criaturas, para su mente comprensiva. Y desde la temprana mañana de su vida, la contemplación meditativa del hombre joven iba seleccionando los mejores representantes, en el teatro natural, para la realización de sus sueños de artista. Por el lucimiento de sus galas, entre las aves le ofrecía mayor deleite la de máxima potencia y enérgica serenidad en el vuelo: el cóndor; y no olvidemos a “señá” calandria, suprema mima de todos los sonidos en la vasta región de los Andes, en la inmensidad del *Tahuantinsuyu*, y el complemento de la música de la lengua quichua que tan bien la expresa el yaraví.

Vio que *Kúntur* venía desde el fondo de los tiempos trayendo en sus alas y en su poder de visión la potencialidad de la vida para el vuelo natural, insuperable, semidiós de las alturas, único que en vuelo ascensional desde el fuego de las rocas terráqueas alcanza la zona del *Riti-Suyu*, “la patria blanca” como la interpreta González. Porque la vida no es sólo rastrera; el hombre se eleva por el espíritu, y por éste, en el vuelo de la ciencia y el arte, se llegaría al entendimiento verdadero de los hombres en la región del *Riti-Suyu* —Paz, Justicia, Belleza, Amor—, donde no tienen cabida ni la mentira ni el odio. Pareciera que González nos señala la ruta del *Kúntur*, que él mismo siguió. En el *Kúntur* puso su mirar y lo llamó “centinela de los Andes” cuando cantó la gloria del amor entre un hombre y una mujer para la semilla de la fecundación: amor de héroe y pureza femenina.

La ciencia toda del saber humano se expresa por la palabra, que es el órgano para el entendimiento de los hombres, en medio del misterio natural, además de ese otro medio silencioso y oculto, indecible, que es el hilo de comunicación y crecimiento que tiene la vida. El entender es amor. Y nuestro cantor del alma de la naturaleza encontró un momento propicio más, para el vuelo de su genio visionario, en ocasión de contraer matri-

monio su amigo el héroe del espacio oscuro, que había volado a Chile sobre las altas cumbres de los Andes —o *Anti*— de noche, con sólo la luz de las estrellas, y la atracción de la negra boca abierta de los abismos, llevando un mensaje de paz del uno al otro acéano. En un álbum destinado a la novia y al héroe, Joaquín V. González escribió un soneto que tituló “El centinela de los Andes”, pero empleó muchas otras páginas para explicar los temas de su contenido y las palabras en *keswa*, o quichua, de todo lo cual resultó un libro que lleva igual título y que es uno de sus mejores poemas. He aquí el soneto:

“Era en la andina cumbre, la tiniebla absoluta;
el relámpago incendia vastos mares de nieve;
y Kúntur, dios insomne, ni se asusta ni mueve,
centinela de siglos de la inviolada ruta.

“De pronto su pupila que en el abismo escruta,
ve arribar la aeronave donde sólo él se atreve;
el estridor de su hélitro la aguda sien conmueve
del monte, y el vigía del asombro se inmuta.

“—¡Alto! ¿Quién va?” —la antigua patria consigna ruge;
el ave apocalíptica en sus músculos cruje,
y una voz de su entraña, venciendo al torbellino,
bajo el lampo de un rayo,

—“¡Huauke, Suyu!” —le grita.

—“¡Yally kam! ¡Atiy!” —trueno Kúntur, y la infinita
onda lleva a los astros el Eureka divino.”

Kúntur, centinela alado de las cumbres que guarda desde ha siglos, donde agarrado a las rocas soporta muchos días sin comer ni dormir, vigilante guardián nocturno azotado por los continuos vendavales de agua y nieve, simboliza la existencia de todas las razas idas en el tiempo sobre el *Tahuantinsuyu*; y el héroe es el representante de la ciencia que llega a los dominios de aquél. De ahí que el diálogo del entendimiento entre ambos personajes deba realizarse en el antiguo idioma del *Anti* y en esa región sideral, más alta que las cimas, en la zona hasta donde se eleva el reino de *Kúntur*, “la inviolada ruta” como la llama González, que ahora el hombre y su ciencia invaden. Por eso la voz imperiosa: “¡Alto! ¿Quién va?”, sorpresiva para el héroe, que contesta: “¡Huauke, Suyu!” (hermano en la pa-

tria), expresión arrancada de las profundas entrañas de la tierra y de las razas. *Kúntur* entiende la voz fraterna y responde: “¡*Yally kam!*” (pasa tú) y añade un “¡*Atiy!*” (¡victoria!), alarido que se oirá extendido por los valles y las faldas de los cerros en la vastedad del *Tahuantinsuyu* (la región de los cuatro vientos).

Joaquín V. González, mago visionario de la patria ideal, echa en sueños de poesía su hermosura y va uniendo con el hilo de su espíritu el alma del paisaje, que el hombre proclama y anima su crecimiento desde la hondura del genio de la raza-hombre tal como el medio lo engendra, y los ojos mejores le da para ver la patria en su belleza grande. La poesía es sonrisa de la vida al amanecer de la humanidad; voz luminosa de la tierra hecha hombre, y el tiempo, la constancia del nacer. Una sola entidad es el hombre y su patria en la esencia del ser, que voz de libertad encierra. Hay una ley de vida en la íntima lumbre de tierra y hombre unidos que dice: amor.

Nuestro amauta estaba ungido por el “principio divino de toda ciencia humana” y su religión fue la religión del patriotismo. *Samay Huasi* era para su espíritu el lugar sagrado, como la *huaca* de las antiguas razas, y es *Huanacauri* la voz indígena de América que expresa dolor, sufrimiento, pero a la vez ansias de libertad, luminosidad que se levanta de aquellas cenizas. Por eso Joaquín V. González, con el corazón transido de dolor por las desgracias de la patria, pudo exclamar, evocando la sangre y vida de los mártires: “Juventud, caballería sagrada, ahogada por la mentira, la ignorancia y el odio de una falsa civilización, aprended este grito que toda América comprende: *Huanacauri!*” He aquí el centinela de los Andes.

Señores:

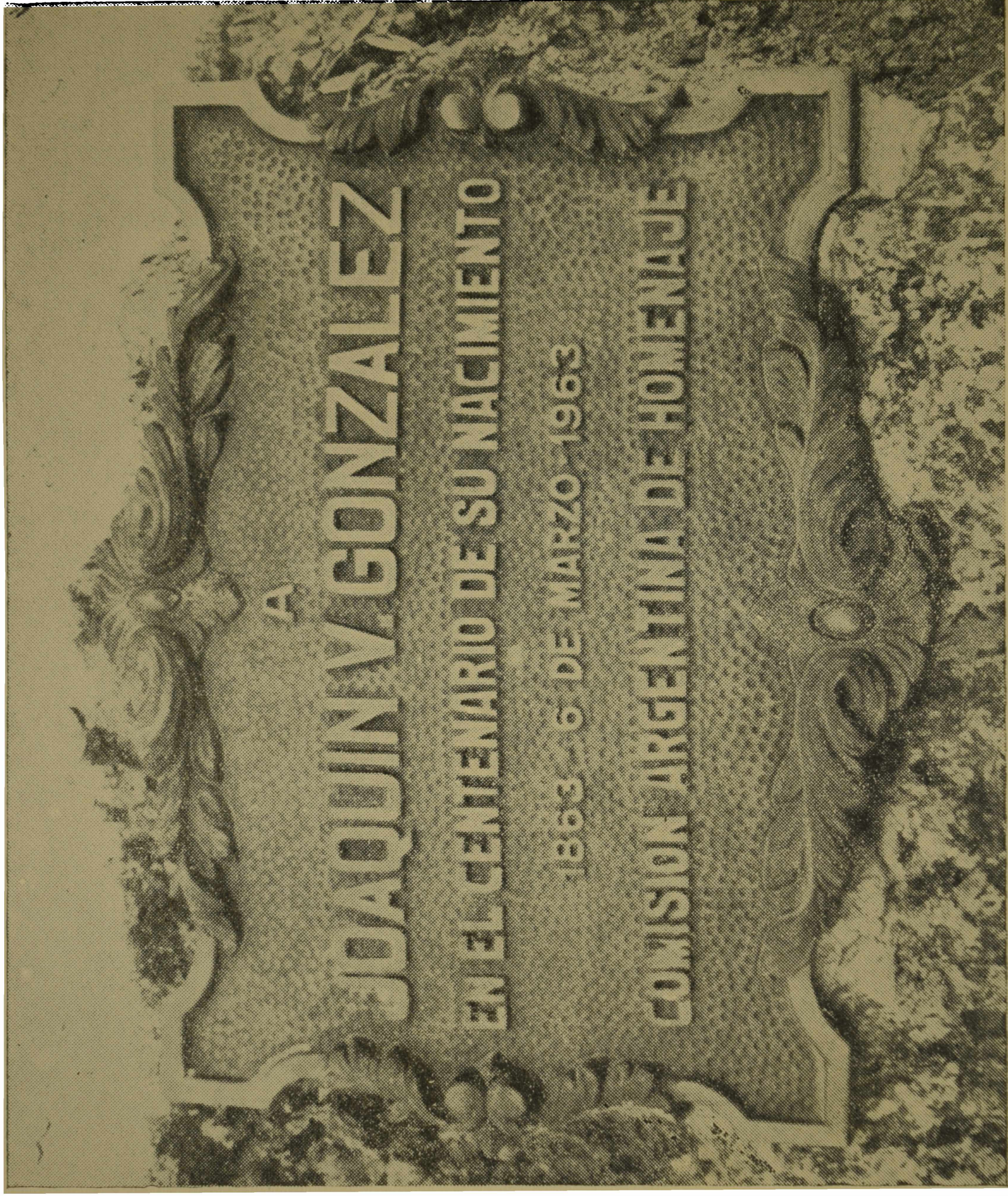
Sea real o no la existencia de Pitágoras de Samos, a él se atribuyen estas palabras de su *Discurso sagrado*:

“Venerad obsequiosos,
Jóvenes, estas con silencio.”

De Joaquín V. González, cuya existencia sabemos de verdad natural por su cuerpo y espíritu, digamos, interpretando aquellas palabras unguadas de amor divino:

“Venerad obsequiosos,
Argentinos, esta ara de su espíritu: *Samay Huasi.*”

Testimonio de nuestra admiración, queda una placa de la Comisión Argentina de Homenaje.



Placa colocada en el monumento de Joaquín V. González, en Samay Huasi, el 6 de marzo de 1963, por la Comisión Argentina de Homenaje.

JOAQUIN V. GONZALEZ Y SU CONCEPTO DE LA HISTORIA

Discurso pronunciado por el profesor José C. Astolfi en la Escuela Normal de Maestras N° 4, el 27 de junio de 1963.

Produce cierta tristeza el considerar que, excepción hecha de un reducido núcleo de estudiosos, ha debido esperarse la llegada del centenario del nacimiento de Joaquín V. González para recordarlo a través de los actos conmemorativos ante más vastos sectores de la opinión nacional.

Porque la expresión "pensamiento vivo", tan difundida en nuestros tiempos, conviene admirablemente a la permanencia y actualidad del suyo, madurado por la meditación de sus fecundas soledades y alumbrado por la luz meridiana de las más puras aspiraciones éticas.

Si estas ceremonias tuvieran la virtud de incorporar de nuevo, en forma eficiente, su noble espíritu al acontecer argentino de hoy y de mañana, se colmarían los anhelos de cuantos le rendimos homenaje y encontraría este país, tan amado por él, la terapéutica esencial, curativa de sus graves dolencias.

Esperémoslo con fe, pues en las grandes crisis morales es cuando la ciudadanía angustiada recurre a sus prohombres preteritos en demanda de la lección de su ejemplo y de su consejo.

De la poliédrica personalidad del gran riojano, mente y acción en rara conjunción de aptitudes, vamos a enfocar el referente a su concepción de la Historia en general y de la Argentina en particular.

Varios son los aspectos con que la Historia ha sido encarada.

La llamada Historia externa, en sus formas más antiguas narra las escenas intensamente dramáticas de la epopeya; los encuentros resonantes con estridor de armas, clangor de bocinas y ayes de moribundos, poemas de sangre, de muerte y de gloria. La acción se protagoniza en personajes extraordinarios:

dioses, semidioses, héroes, que luchan contra la fatalidad, la “moira” helénica. O en tono menor teje la biografía de soberanos, sus entronques dinásticos, sus intrigas, sus ambiciones, amores y odios, y trata de las hazañas de los descubridores, conquistadores y libertadores, con las palpitantes peripecias de sus aventuras, y combates, o la descripción suntuosa de cortejos, desfiles y proclamaciones solemnes.

Esta Historia, de perfiles y coloridos novelescos, librada con frecuencia a la imaginación, a la simpatía o a la antipatía por una raza, un pueblo, un individuo, un credo o una causa, diatriba o ditirambo, sinfonía caudalosa o melodía eglógica, ha llenado muchas páginas y cubierto muchos siglos. Es, en definitiva, un género literario y como tal lo clasifica la retórica.

Ha predominado entre nosotros largo tiempo al calor de pasiones que tardaban en extinguirse, propensas a la exaltación declamatoria o a la condena fulminante, vivas aún las impresiones de la patria joven personificadas en los primeros años del siglo por la figura marcial de erguido porte y larga barba cana de veteranos en toda la escala, desde general a soldado, con el pecho cubierto de medallas, actores de los sucesos.

Pero ya se iba introduciendo dentro de esa Historia externa, la de los períodos finales que se traducen en hechos concretos y resolutivos, un severo propósito de substituir la fantasía y la pasión por la realidad; de hacer justicia distributiva, de reunir, compulsar y analizar con espíritu crítico, los testimonios y las huellas del pasado. Pedro de Angelis y Andrés Lamas dejaron sendas colecciones de documentos como materiales preparatorios. Correspondió a Bartolomé Mitre el mérito de haber echado las bases incommovibles de la Historia científica trabajando con seriedad y espíritu imparcial, lo que le permitió afirmar que “no adelantaba ningún juicio ni afirmaba ningún suceso sin abonarlos con los correspondientes documentos”. Diez mil había consultado para componer en el plazo de quince años la *Historia de San Martín*.

“Mitre —dice González—, al legar los archivos metodizados de sus obras concluidas y los relativos a otros períodos o aspectos sobre los cuales no alcanzara a dejar libros terminados, ha abierto el surco, ha marcado derroteros y ha creado la Academia inmortal donde el pasado de la nacionalidad será investigado, integrado, rectificado, reconstruido.”

González pertenecía a esa escuela: la de la escrupulosa búsqueda de la verdad sin dejarse seducir por un posibilismo, a menudo tendencioso, siempre hipotético. Impugnó asimismo ese predominio casi exclusivo de la manifestación guerrera. “La preferencia del relato bélico —dice—, la rutina que identifica todavía el patriotismo con la proeza militar ha creado una tela, un horizonte, un ambiente falso para todas las figuras y hechos de nuestro breve ciclo histórico propio... El elemento político y militar ha ocupado la casi totalidad del escenario.”

La conciencia de que esa no era *toda la Historia*, pasando por alto algunos precursores, apareció francamente en el siglo XVII con el francés Voltaire, el inglés Hume y el alemán Herder.

Había, en efecto, otra Historia: interna, menos impresionable, menos personal y pintoresca, que era a la externa lo que el organismo es al contorno periférico del individuo, a su fisonomía y movimiento visibles. La que estudiaba los procesos constantes y lentos de elaboración y transformación, corrientes vitales profundas que engendraban y acumulaban energías y provocaban tensiones, encaminadas hacia la obtención de determinados fines de carácter económico, social, político, jurídico, ético, religioso y cultural. En ellas estaban las causas, los orígenes, el desarrollo de los acontecimientos y explicaban su dirección y proyección hacia el futuro.

Esta Historia interna cedió al influjo del racionalismo científico del siglo XIX y procuró explicar su mecanismo por el juego de leyes tan firmes y rigurosas como las que regulan el mundo físico. Con ese fundamento nació el materialismo histórico que intentó encerrar dentro de un enrejado matemático la naturaleza humana, flúida y polimorfa, y resolver sus complejos problemas con el procedimiento lógico de los axiomas y de los teoremas. Con ello se desembocó en el antiguo fatalismo que hacía del hombre instrumento pasivo, movido por irresistibles fuerzas ajenas a su yo.

Sin duda inciden sobre nosotros, en cuanto seres vivos, leyes físicas y biológicas de ambiente, de clima, de nutrición, reproducción, etc., manifestaciones y reacciones incluso síquicas, determinadas por el existir. Pero no es eso todo. El hombre es algo más y en la Historia que elabora, construye y define no actúa a la manera de un muñeco de cuerda sino como una fuerza en marcha impulsada por lo que Bergson denomina el “élan vital”, fuerza creadora; dirección y movimiento hacia adelante

y hacia arriba que va engendrando el devenir, abierto a la iniciativa y a la libertad.

Este concepto filosófico admite la presencia de los “imponderables”; factores que están fuera de toda valoración espacial, de todo ritmo temporal. Obedecen a la influencia del espíritu muchos de ellos, a las ideas, a esa actividad propia de la especie humana que la distingue de las otras de la escala zoológica; por eso, como lo expresa una frase pintoresca: “los animales no tienen historia”.

Según el filósofo Ivanov, citado por Toynbee, “la cultura tiene en ella misma algo verdaderamente sagrado, pues es un recuerdo no sólo de la forma terrestre y de la experiencia exterior de nuestros antepasados, sino también la de sus obras espirituales en cuanto se dedica la humanidad a ciertos ideales. La facultad de recordar nos permite convertirnos en participantes de la iniciación de nuestros antepasados y de iniciar a nuestro turno cosas nuevas desde nuevos puntos de partida...”.

Es esa la misión trascendente de la Historia en su tercer aspecto. La externa nos enseña los hechos; la interna, las causas; la espiritual, el rumbo que sigue la Humanidad.

Cada generación recibe el legado de la anterior y la transmite a la siguiente en una ascensión ininterrumpida, pese a las vacilaciones y a los aparentes retrocesos, a la manera con que los efebos atenienses, en la fiesta de las lampadoforias, recibían y entregaban en rápida carrera una antorcha encendida, para llevarla al Partenón, en la cima de la Acrópolis.

La Historia del espíritu tiene un contenido esencialmente ético-religioso, lo que equivale a decir intemporal e inmaterial. Es la experiencia del alma, distinta a la experiencia del cuerpo.

Un pasaje de Plutarco ilustra la afirmación:

Le preguntaron a Dionisio el Joven, tirano derrocado de Siracusa, de qué le habían servido las lecciones de su maestro Platón, si no le enseñaron el modo de mantenerse en el poder.

Y contestó: “Me sirvieron para sobrellevar con serenidad mi desgracia.”

La pregunta estaba dentro del concepto de la Historia positiva, conformada por la utilidad; la respuesta estaba dentro del concepto de la Historia espiritual, la de los silenciosos triunfos sobre sí mismos.

Joaquín V. González encuentra aquí la más alta expresión de la Historia: la monitora, la ejemplar, la docente; la que debe mostrarse en el ágora de las reuniones cívicas, en el ámbito

de los parlamentos, en la solemnidad de las ceremonias, en los textos y en las aulas.

“Si no ha de ser ejemplo —dice—, no vale la pena de escribirla, no ya sólo en el pedestal de las estatuas erigidas o a erigirse, sino como piedra angular de la nacionalidad misma.”

Del punto de vista didáctico sostiene, concordantemente, Ernesto Lavisse: “El profesor de Historia tiene el derecho de ser moralista; más aún: tiene el deber de serlo.”

Ricardo Rojas, en su libro *La restauración nacionalista*, refiriéndose al contenido de la Historia, hace un distingo entre progreso y civilización:

“El progreso se mueve en el plano físico y visible; es la riqueza, la fuerza, los medios de producción, intercambio, consumo; el gobierno, el ejemplo de los más fuertes y los más útiles. La civilización actúa en un plano metafísico e invisible. Es la conciencia de la justicia, la verdad, la belleza.”

González, consecuente con su largo contacto con el pensamiento racionalista contemporáneo, reconoce “la existencia de leyes constantes, periódicas, radicadas ya sea en los caracteres étnicos y territoriales invariables, ya en las propias enseñanzas del pasado más remoto”. Pero su mística impregnada de orientalismo insurge contra una interpretación demasiado estrecha y prosaica. Al establecer la escala de valores auténticos en el campo histórico, asigna el lugar más alto a la abnegación, a la renunciación, cuyos arquetipos, entre nosotros, fueron San Martín y Belgrano.

No a la renunciación aniquilante del nirvana sino a aquella que hace refluir el yo de su fuente interior hacia el mundo, como agua refrescante de bendición. Aquella que en la versión mahayánica del budismo señala el regreso del bodisatva, quien, habiendo arribado tras el rudo peregrinar de múltiples reencarnaciones dolorosas al borde ya de la infinita beatitud, le vuelve la espalda y marcha otra vez hacia abajo, hacia los sufrientes, para distribuirles el consuelo, el consejo, el amor.

Ni tampoco la análoga renunciación inoperante del quietismo de Miguel de Molinos, condenado por la iglesia a través de la admirable definición de los jesuitas: “la religión no es anhelo de aniquilarse sino de totalizarse”. En el mismo sentido dirá el elocuente e ilustrado Fulton Sheen: “El misticismo que se queda en éxtasis sin recorrer el penoso camino del retorno al mundo es un misticismo fracasado.”

Volvamos a González:

“Es necesario elevar el triunfo del alma colectiva —indica—, porque de lo contrario no hay selección histórica posible, aunque algunos traten de negar y anular las fuerzas morales que son, en suma, las condensaciones superiores de todas las demás fuerzas. Y si hemos de tener el culto de las fuerzas morales, es indudable que la presencia del hombre superior en el movimiento dinámico de la civilización es un hecho evidente e inevitable.”

“Así, pues, entre todas las maneras de enseñar y hacer nacionalismo en la escuela, está la de la elección de los tipos superiores representativos de las más altas virtudes humanas para convertirlos en elementos objetivos de enseñanza... Y es necesario mostrarle (al alumno) la figura, el hombre, el prestigio visual para que pueda comprender y penetrar las grandes virtudes que ese hombre encierra.”

Pensamiento destinado no solamente al estadio escolar sino a la Nación en su plenitud.

San Martín y Belgrano son, naturalmente, sus figuras ejemplares máximas.

Refiriéndose al primero dice: “San Martín debe ser estudiado a la luz de nuevos principios, no ya a los de la escuela militarista —a la que no pertenezco (subraya)—, sino bajo un concepto más fundamental: el que considera a la fuerza militar sólo como un elemento de acción, capaz de conducirnos a la realización de una idea directiva superior.”

“En San Martín —agrega en otro pasaje— se encuentra el tipo del militar civil, es decir del ciudadano, del hombre social, del místico.” Aclara que él emplea el vocablo místico como atributo “de la tendencia a la elevación del propio ideal hasta confundirse con el ideal único del género humano”. “Evitó —sigue diciendo— la efusión inútil de sangre dando el golpe material de la victoria en el punto preciso, impidiendo así que los pueblos quedaran deshechos e inutilizados para toda reconstrucción, aun cuando saliesen triunfantes.”

González cita reiteradamente en varios discursos este juicio del norteamericano Elihu Root, de gran figuración política en los primeros decenios del siglo: “San Martín es el único digno de ser nombrado al par de Washington, como ejemplo de inspiración patriótica; el modesto soldado que cuidó más de su causa que de su posición, y aspiró, no a conservar el poder sino a despojarse de él para el bien de su Patria.”

El ilustre riojano lo compara con Alejandro Magno, lo que de primera intención parece extraño, dado el desborde dionisiaco del conquistador macedonio, tan opuesto a la austeridad apolínea del libertador argentino.

Es que el profundo talento analítico de González horadó la corteza deslumbrante del protagonista de la grandiosa gesta helénica para descubrir, debajo de sus actitudes de calculada teatralidad, para impresionar a las masas, “un elemento humanitario —dice—, místico, abstracto, al tratar de fundar la civilización sobre la convicción de un destino ideal, de un ideal de belleza... Alejandro habría variado el curso y la naturaleza de la civilización actual, fundada sobre base autoritaria y materialista, si esta corriente, ya entrenada y fuerte desde Roma, no hubiese aprovechado la prematura muerte del macedonio para ahogarla en sangre y despotismo.” “San Martín, y no temo por excesivo el paralelo, porque es exacto, en su espíritu, hubiera impreso una orientación muy diferente y muy alta a la civilización política, a la formación democrática y al temple moral de las naciones de Sudamérica, si al consumar la liberación del Perú no hubiera chocado con el escollo... de Bolívar y su alma selecta y acrisolada en un idealismo ético superior... no le hubiese dictado la gran Renunciación, que fue bautismo de gloria para él, para su raza y para la sucesión de generaciones que vendrían tras las huellas de su ejército consagrado.”

Y si eso pudo ser San Martín en el orden continental, en el nacional lo propone en otro pasaje: “como núcleo orgánico de una nación nueva que modelase su carácter de acuerdo con el suyo, por la educación y por la conducta de todos sus hijos en la vida pública”.

San Martín y Belgrano, civil militar éste, en lugar de militar civil, aunque distintos en el punto de arranque, fueron iguales porque —dice González— “vivieron para darse”.

Sigamos citándolo:

“Una flor descuella por la riqueza de los tintes; otra por la suavidad de su aroma; una tercera, por la elegancia de su forma, y una cuarta, por la simetría de sus proporciones. Así, si queremos una perfecta, reunimos muchas en un ramo y tratamos de combinar en una figura las excelencias de cada una distinta.”

“Belgrano —deduce González de ese símil— es entre todas las figuras que en nuestra Historia tienen ya su sitio de inmortalidad el que mayor número de cualidades ejemplares reú-

ne... Otras, como en el caso del jardín, presentarán tal vez rasgos más agudos, relieves más poderosos, impulsos más dominadores, pero..., en el creador de nuestra bandera se juntan, con todos los atributos de la flor de cultura, lo que en la conciencia moderna califica al ciudadano perfecto de una república verdadera.”

Entre las virtudes del prócer hace resaltar la modestia: “inefable, varonil y fecunda; el valor de reconocer los propios defectos, de aceptar, leal y públicamente, la ajena superioridad; el heroísmo de confesar y proclamar la verdad aun contra sí mismo”.

Belgrano poseía como esencia de su organización espiritual la sinceridad.

Piensa González que un hombre sincero “es una joya de la república y una piedra angular de la pirámide máxima simbólica de la potencia de una nación”.

Palabras dignas de meditarse en una época en que la mentira, la simulación, la reticencia, bastardean el claro sentido de los vocablos y siembran la confusión, la desconfianza y la desorientación en el seno de la comunidad, que parece detenerse ante la encrucijada de senderos engañosos, indecisa en la elección de aquel que entre todos es el único acertado que puede conducirla hacia un futuro de grandeza.

Con motivo de cumplirse el centenario de la Revolución de Mayo, González, a pedido del diario “La Nación”, escribió *El juicio del siglo*, revisión filosófica de la gesta de nuestra nacionalidad; exposición medular y concisa, armónicamente desarrollada en apotegmas de ilevitable verdad, que tienen el mérito de enunciar valientes y justicieras rectificaciones históricas de hechos y de personajes; rectificaciones que desde entonces —sea dicho en elogio del autor— han ganado espacio y hondura en la conciencia colectiva, hasta convertirlas en nociones de general aceptación.

La idea fundamental, el sentimiento omnipresente de González es la Patria. La amó con toda la gama del amor; con ardor de esposo, con preocupación de padre, con reverencia de hijo. Al fundar la Universidad de La Plata, le señaló por lema: “Por la Ciencia y por la Patria”. “Si hubiese tratado de dar una consigna personal —comenta Julio V. González, su digno hijo— habría puesto: “Por la Ciencia, para la Patria”, es decir: “Por la Verdad, al Amor”.

La había sentido penetrar en sus huesos, alojarse en su corazón, ascender a su cerebro durante su evolución de niño a hombre, hasta consubstanciarse con él.

Fue primero la impresión telúrica de la nativa Rioja, de suelo quebrado, donde el paisaje se ofrece en verticalidad, alejando el cielo hacia la altura, lo que obliga a levantar los ojos. El sol, que arde como una lámpara votiva colgada de reluciente bóveda, vigoriza los relieves de las rocas en fuertes contrastes de luz y sombra y enciende la vegetación y las pétreas laderas de los valles con inverosímiles policromías. Sobre ese fondo panorámico se mueve la gente en contacto con la naturaleza que dialoga con ella como en los tiempos primitivos del hombre.

Y quedó impregnado con la presencia de la patria chica, cuya greda se consagraba en reliquia al mezclarse con las cenizas de los antepasados. En *Mis montañas*, canto lírico y narración bucólica, nos dejó la estampa emotiva que llevó grabada por siempre en el alma.

Después, sus estudios en Córdoba, su estada en Buenos Aires, las lecturas, las meditaciones, los contactos múltiples de la función pública, el trato con extranjeros, ampliaron y confirmaron ese concepto de Patria mediante una sucesión de círculos que, teniendo por centro el terruño, alcanzaron los límites de la nación, y los sobrepasaron al impulso de una promisoriosa expansión económica y espiritual, la primera de riquezas, para beneficio del mundo, y la segunda de mensajes de paz, para su armonía, basada en la justicia.

Pero ese creciente ingresar de la Argentina en el espacio ecuménico no debe alterar —en opinión de González— su pura y distintiva fisonomía y mucho menos avasallarla a los dictados de una soberanía extraña.

“Así como para ser miembro de una colectividad humana —dice— hay que ser primero hombre, para ser miembro de la colectividad universal hay que ser primero Nación. Ningún hombre debe servir a otro hombre, ni ninguna nación a otra nación, ya que todos los hombres y todas las naciones son iguales entre sí, potencialmente.”

Se impone, por lo tanto, que la Patria conserve su acento original salvándose de la infiltración deformante de un cosmopolitismo inexpresivo, lo que puede conseguirse por la tradición y por la Historia íntimamente compenetradas.

La tradición es a la nación lo que la raíz al árbol, al que nutre con sus esencias, sostiene enhiesto contra el empuje del viento y adhiere firmemente al suelo.

“A la sombra de ese árbol —afirma González— se han cobijado generaciones y generaciones de abuelos y nietos.”

La Historia, por su parte, es la relación de esas genealogías, con el inventario crítico de la influencia de los ciclos anteriores dentro de una ley de unidad que vincula el núcleo viviente con sus remotos orígenes ancestrales.

Encuentra lo que denomina “los cimientos del pasado” en el territorio y en los factores físicos, a lo que se une la herencia hispánica, con los méritos y defectos de la raza, y de la organización política, social y económica de la colonia.

Todo eso forma la estructura funcional del país como individuo histórico, animado por una obscura conciencia y voluntad de nación que se define en la mente esclarecida de los nativos cultos hasta pronunciarse, favorecida por las circunstancias, en la Revolución de Mayo.

Para González, la Revolución de Mayo es una expresión plena de libertad y democracia, pese a la incomprensión inicial de cierto sector y al temor e indecisión de algún otro. Las tropas criollas llevaron su verbo, con decisión y heroísmo, hasta los confines del virreinato, y más allá de éstos a Chile, Perú y Ecuador.

El programa bosquejado en 1810 es el hilo conductor de nuestra Historia: aflora o se sumerge al vaivén de las luchas internas sin cortarse jamás. Si no pudo realizarse cabalmente desde la primera hora, se debió a la intervención de factores negativos que enumera y analiza.

Uno de ellos fue la inexperiencia política. En tanto que la revolución de las colonias inglesas de América del Norte remató en la transferencia de una soberanía orgánica, de la metrópoli a los Estados que se erigían, con un largo ejercicio previo de los derechos individuales y de las libertades cívicas, en Hispanoamérica, y por consiguiente entre nosotros, el movimiento emancipador sorprendió al pueblo desprovisto de toda práctica de autogobierno, acostumbrado a un régimen tutorial de amos y siervos, los primeros con el hábito del mando discrecional, los segundos con el de la obediencia ciega.

De aquí reacciones anárquicas, que confundieron la libertad con el desenfreno, y malogrados ensayos de adopción de sistemas incompatibles con nuestro medio.

Los frecuentes cambios resultantes del choque de los instintos primarios de las masas con el alambicado doctrinarismo de una minoría divorciada de la realidad, se resolvieron siempre con el empleo de la fuerza a través de una secuela sangrienta, agotadora de energías, antisocial y regresiva.

Clima de intolerancia que planteaba el dilema del acatamiento incondicional a los vencedores o de la eliminación de los vencidos.

“La discordia fundada en rivalidades personales o en antagonismos latentes de regiones y de facciones es el mal que más hondamente ha trabajado el alma argentina —dice González—; invade el organismo nacional entero; lo malea y desvía en el período más crítico de su desarrollo; enferma los corazones más robustos y sanos; sombrea los espíritus más iluminados; arroja a la inercia o a la desesperación las voluntades y los caracteres más bien forjados; inspira el odio y el crimen en las conciencias más rectas.”

Favoreció también el desmembramiento territorial al descuidar la política externa y anular, como sucedió en la guerra con el Imperio del Brasil, el resultado de brillantes victorias.

El enfrentamiento de las corrientes del interior y de Buenos Aires fue otro factor de intensa gravitación. Aquélla, apegada a la tradición, celosa de los fueros locales; ésta, abierta a los influjos liberales venidos de allende el océano y aspirante a ejercer un primado rector, político, económico y cultural sobre las provincias.

Se encontraron por primera vez —recuerda González— con motivo de la Revolución de Mayo y cada una trató de imprimirle su modalidad y su temperamento. La rivalidad de Saavedra y Moreno mató en germen los dos términos vivientes de la ecuación política argentina, destinados a compenetrarse y consolidarse para constituir el gobierno estable del futuro.

El antagonismo se fue ahondando al vestirse las respectivas tendencias con las divisas de unitarios y federales, y permitió la ascensión de Rosas.

La luminosa prédica de Echeverría y la Asociación de Mayo exhortó a la conciliación y trazó el cuadro de un porvenir venturoso que sería su consecuencia. No consiguió un triunfo inmediato, porque rara vez lo obtiene esta clase de propaganda ideológica en el ofuscado campo de la política militante; pero la persistencia y el poder persuasivo fue penetrando en los espíritus. Muchos unitarios reconocieron el sistema federal co-

mo impuesto por la índole histórica y la naturaleza del país. Muchos federales, que nunca habían renegado del principio de la nación única, dentro del juego de las autonomías provinciales, advirtieron que la tiranía del déspota porteño traicionaba la doctrina sostenida por ellos en aras del más crudo centralismo.

Esta conjunción de pareceres, al fin conseguida, trajo el pronunciamiento de Urquiza y Caseros.

Se inaugura entonces “el ciclo de la Constitución”, laborioso y cruento durante el decenio de 1852 a 1862; menos obstinado aunque igualmente dramático después, hasta el episodio final de la capitalización de Buenos Aires en 1880.

Urquiza y Mitre, representantes de las dos fuerzas en conflicto, se identificaron al conjuro de un mismo sentido de Patria. Las ardientes pasiones partidarias los empujaron, contra su secreto deseo, a los campos de Cepeda y Pavón, batallas sostenidas por ambos con el propósito de envainar cuanto antes la espada y ofrecer, con abierto ademán cordial, la mano que la empuñaba.

“Antes de Caseros —dice González—, las batallas eran crisis de separación y dispersión; después, fueron crisis de unión y armonía cada vez más estrechas e íntimas. Y así se vio a las trece provincias sancionar una Constitución de acento unitario en 1853, y a la de Buenos Aires hacerla más federal con sus enmiendas de 1860, que, aunque inspiradas en la defensa de su autonomía, favorecía a todas las demás por la ley de la igualdad.”

Es conocida la devoción de González por nuestra Constitución. La puso como título de su manual de Instrucción Cívica en el que hemos estudiado tantas generaciones.

Afirma en él que “Ningún Estatuto semejante en pueblo alguno de la tierra, hasta entonces, había sido mejor calculado para hacer la dicha y la grandeza de una nación moderna. La de los Estados Unidos le sirvió de inspiración y guía, pero le agregó el material argentino: sistemas... que ningún modelo anterior había concebido ni trazado.”

Con sus cláusulas, los grandes hombres de la Organización llenaron el cometido de construir y reconstruir a la República.

En la formidable tarea resalta una preocupación dominante, resumida en el lema de Sarmiento: “educar al soberano”.

“Faltaba en la sociedad argentina —comenta González— una fuerza suprema: la educación; la personal para formar

conciencia social y humana del propio destino; la cívica y política para participar con acierto en los asuntos públicos.”

En su sentir, la fiebre de divulgarla sacrificó en parte la calidad y el timbre moral de la enseñanza al volumen y al valor cuantitativo. Por eso no dio los frutos éticos y cívicos que se esperaban y no pudo corregir el grave defecto de la ficción democrática.

“Nuestra tradición de gobierno —afirma— no es popular sino ejecutiva. El pueblo no ha votado nunca.” Los actos comiciales pasaron de la violencia al fraude y del fraude a la simulación, con la presencia de grupos regimentados adictos al partido oficial único. Los gobiernos así formados, eran *consentidos*, ya que no elegidos, por la adhesión tácita de la indiferencia pública.

“La ausencia del sufragio libre —manifiesta con amargura— envenenó las demás fuentes de la vida cívica. La peor forma de degeneración de las costumbres políticas es la que se traduce en la inmoralidad administrativa porque ello importa todo un proceso de descomposición del organismo del Estado.”

Propuso e inició fundamentales reformas en la educación porque afirmó “no se hace moral repitiendo la palabra a oídos que no la oyen y a inteligencias que no pueden entenderla”.

Se empeñó en modificar el sistema de sufragio para hacerlo verdadero; pero de su proyecto, y de un ensayo realizado en 1904 (el de distritos uninominales que elegían cada uno un solo diputado) que llevó a la Cámara los primeros representantes de una auténtica oposición, el primero no fue sancionado y el segundo fue suprimido poco después.

Sin embargo, no se perdió la siembra y en 1912 se votó la ley Sáenz Peña.

También preocupó a González la cuestión obrera que iba adquiriendo creciente gravedad. “Para reprimir la agitación —nos dice— el criterio tradicional y dogmático de la clase gobernante acudió, desde luego, al sistema defensivo y represivo de las leyes penales, pero luego se abrió paso el buscar en la legislación la solución de los conflictos.” El señaló el rumbo con su proyecto de Código del Trabajo.

El juicio del siglo, que hemos examinado en apretada síntesis, termina con una férvida expresión de optimismo. Traza el cuadro de la prosperidad económica del país en 1910; su prestigio intelectual y espiritual ante las hermanas de Latinoamérica; sus nobles campañas internacionales en pro de la paz

y del arbitraje para resolver los pleitos de otras naciones y saluda la perspectiva de próximos cambios, generadores de una "política nueva", como titula el último capítulo.

No podía prever la tremenda catástrofe mundial del año 1914 a 1918, ni su repercusión aquí con los sistemas totalitarios nacidos al calor de la tragedia, ni su repetición agravada en la segunda guerra de los seis años terminada en 1945, para dar paso a la llamada guerra fría.

Nubes sombrías cubren el cielo radiante de aquel año del centenario que alborozó de entusiasmo mi verde edad de adolescente.

Pero no debemos perder la esperanza, "la última dea", diosa postrera, como la proclamaban los romanos cuando perdían la confianza en los demás dioses.

Recordemos un consejo de González: "Si el concepto épico de la Historia nos enseña a morir por la Patria, el concepto cívico de la Historia nos ordena vivir por la Patria."

JOAQUIN V. GONZALEZ Y LA EDUCACION

Conferencia pronunciada por el profesor Diego J. Iantorno, el 24 de octubre de 1963, en la Universidad Libre del Museo Social Argentino, acto con el que quedaron cerradas las actividades de la Comisión Argentina de Homenaje a Joaquín V. González.

A través de las funciones públicas que Joaquín V. González desempeñó, de sus jornadas de jurisconsulto, sociólogo, político, periodista, escritor, poeta, historiador, académico y educador, como asimismo por la gravitación que tuvieron las organizaciones que creó, percibimos, en una apreciación de conjunto, el afán tesonero y dominante de su espíritu por divulgar los conocimientos de las ciencias, las letras, las artes, de acuerdo con los progresos alcanzados por ellas, es decir, por todo cuanto implicara cultura en sus varias manifestaciones. Así lo señala su trayectoria brillante e intensiva, como catedrático de la Escuela Normal de Córdoba y de las facultades de Derecho y Ciencias Sociales de Buenos Aires y de La Plata; académico en la análoga de Córdoba y de Filosofía y Letras de la Capital Federal; ministro de Justicia e Instrucción Pública de la Nación; vocal del Consejo Nacional de Educación; fundador y primer presidente, reelecto después, de la Universidad Nacional de La Plata; miembro de la Academia Nacional de Córdoba; gobernador de La Rioja, diputado, senador.

Imposible sería, por lo tanto, la intención de abarcar en el breve lapso destinado a esta exposición los aportes tan diversificados que el insigne maestro diera a la educación y cultura, en su mayoría contenidos en los 25 volúmenes de las *Obras Completas* publicadas por el Congreso Nacional, cuyas páginas permiten advertir, al adentrarnos en su lectura, los valores de las abundantes materias tratadas y el sabor y deleite de un estilo muy suyo, de definida vocación literaria, sin ser académica, puesto que no quería a la lengua —como dijo— “em-

pobrecida a fuerza de abolengo”; pero fue en sus inspiraciones lingüista de “intimidad” y de “hondura”: una simple frase, una cláusula o un período, descubiertos al pasar, en medio de su rica poesía o prosa, dan motivo para profundas meditaciones, sobre todo cuando enfrenta al hombre con las sublimes posibilidades que la vida puede proporcionarle.

Humanista y místico, sus sueños proyectan acendrado amor y amistad hacia sus semejantes y un infinito anhelo de libertad, de justicia. Bastarían estos caracteres para admirarle y pensar que fue una existencia privilegiada, de singularísimas dotes.

En la aquilatación de tantos intrínsecos merecimientos reparamos, en cuanto a educación, que *González era penetrante conocedor de los factores que influyen en el desenvolvimiento intelectual, psíquico y físico de la niñez, de la adolescencia y de la juventud*: el caudal hereditario, el impulso de desarrollo, el poder de apropiación de los valores del medio, la adquisición de conocimientos por recursos experimentales y de investigaciones espontáneas o dirigidas de los hechos y de los fenómenos de la naturaleza; en suma, *todo cuanto influye en la determinación del tipo de hombre civilizado y de formación nacional* posee en él vigor y sentido, y se recoge en su obra educativa. En la sistematización de ésta, a la manera de Platón, Aristóteles, Pestalozzi y otros filósofos, percibimos el concepto social que involucra, sin descartar, desde luego, a Spencer en su utilitarismo evolucionista de buscar los conocimientos científicos en la propia naturaleza. Ninguna duda hay, además, en la evolución de su copiosa y variada labor, sobre el *inseparable proceso social de lo científico en todo el encauce de la enseñanza*. Tampoco se apartó de los principales filósofos de la educación; eso sí, eludía toda opresión dogmática. En su actitud creativa tuvieron preeminente lugar los bienes que hacen al espíritu. De ahí que enfrentara la cultura subjetiva con la objetiva, dentro de los valores clásicos y modernos occidentales, que nunca desechó, no obstante cultivar motivos orientales, a imagen del poeta hindú Rabindranath Tagore, con su escuela de la naturaleza —Shantiniketan—, de la que afirmó, en la traducción de *Cien poemas de Kabir*: “será templo de amor, germen de cultura y grandeza espiritual, y surtidor de paz que conducirán por el mundo todos sus hijos”. De igual modo, poseedor González de los principios metafísicos, estaba dominado por recónditos sentimientos de religiosidad, de concentración; y el caudal

de sus influencias subjetivas provenía primordialmente del conjunto cósmico.

Sus miras educadoras se orientaron hacia la finalidad de despertar, desarrollar y cultivar lo que el educando trae en potencia, para recibir luego la plenitud de perfección que le falta en cuanto a inteligencia y aptitudes. Aspira a dirigir, regular y, en su caso, a corregir de manera orgánica el crecimiento y las adquisiciones, por planes y normas precisas en el proceso educativo científico e integral: quiere el perfeccionamiento del ser humano para el logro del bienestar social. Su filosofía toma así contacto con el pensar de Washburne: "Hay que formar una generación mejor que la nuestra. No sólo darle cultura, sino personalidad."

La calidad e intensidad de la misión educadora emprendida por nuestro descollante patricio tiene afinidad y coincidencia con Sarmiento: ambos se complementan en una ansiedad de ideas civilizadoras y progresistas que logran dar el matiz y la expresión real del pensamiento y las reacciones espirituales de cada uno de ellos: fueron forjadores, a su modo, de los surcos que abrieron y brindaron las apetencias del saber a la niñez, adolescencia y juventud. Esta correspondencia se perfila en el célebre discurso que pronunció González en la velada del Teatro Colón conmemorativa del centenario del natalicio de Sarmiento, al reconocer que éste "estaba en lo cierto cuando su prédica en la prensa, en la escuela, en el libro, en la tribuna, afrontaba el fundamental problema de la educación", puesto que deseaba dar al régimen constitucional la debida consistencia. "La genial inspiración de Sarmiento —asevera— comprendió, desde luego, que la atonía del espíritu cívico de sus compatriotas era un mal antiguo, que tenía echadas profundas raíces en los hábitos sociales conservados por un sistema de ignorancias y exclusiones, inveterado sino sistemático. Para él, *"el problema del sufragio era problema de educación"*, pensar sarmientino que compartía el solitario de Samay Huasi: "Lo ha sido en Inglaterra y en los Estados Unidos —afirmó—, donde un secular influjo educativo ha hecho de cada ciudadano una fortaleza irreducible para toda influencia, que mueve toda humana voluntad."

Refiriéndose a González como pedagogo y sociólogo, Adolfo Posadas acotó: "Nadie como él sostiene y personifica la tendencia culta y de fe de la escuela del gran Sarmiento: como el autor de *Facundo*, el ministro de Roca piensa que "gobernar

es educar”; y su política es de lucha por la cultura. Pone su actividad e inteligencia al servicio de un ideal laborando por la creación de un espíritu, de un alma nacional, y constituyéndose en gran protector de los intereses éticos del pueblo.”

Bien sabemos que tanto en sus libros como en conferencias, discursos, proyectos, mensajes, dictámenes y otros elementos de su múltiple producción, el insigne maestro de las letras argentinas aparece siempre como figura enjundiosa de auténtico pensamiento pedagógico. Entre sus publicaciones que podríamos calificar de esencial y definido corte educativo, citaremos a *Problemas escolares, Universidades y colegios, Política espiritual, Educación y Gobierno, Hombres e ideas educadoras, Política universitaria, Universidad Nacional de La Plata, Patria y Democracia*, aparte referencias que se leen en otras obras, en editoriales y artículos periodísticos: en todo palpita alma de educador. Aseguró que esta vocación era la definitiva de su vida pública y privada: “He creído —manifestó— y lo he dicho ya con toda la franqueza a que me obliga mi posición pública, mis años y mi ya larga consagración al servicio del país, que el estado presente del alma nacional requiere un desdoblamiento intensivo y extensivo de la tarea educadora en todas las clases y condiciones de la sociedad; la necesidad de la escuela, el axioma de la educación como base de todo sistema de gobierno libre, a fuerza de ser repetidos han llegado a una especie de eclipse y a un relativo olvido; la opinión corriente y los gremios burocráticos, a su vez, apegados al éxito de la educación como programa político, han llegado a descuidarlo como hecho real; y así, de un lado la cifra del analfabetismo ha revelado alarmantes realidades, y de otro, el funcionamiento escolar, como planta parásita, ha aparecido devorando y extenuando de anemia el árbol de la cultura verdadera y positiva.” ¡He ahí una aguda aserción del dilecto maestro, que cobra ostensible realidad en los tiempos que corren dado el índice de analfabetismo y deserción escolar! Cifras recientes dan para la República 3.000.000 de analfabetos, con zonas donde asciende al 32,5 % de la población; en cuanto a la deserción, de cada 1.000 niños que ingresan en primer grado inferior, 280 abandonan la escuela al año siguiente; 150 en 2º, y así progresivamente hasta 6º grado, del que sólo egresan 350 alumnos: “siete de cada diez niños argentinos no consiguen terminar la escuela primaria”, afirmó hace poco un diario; según el articulista son “analfabetos funcionales”, pues únicamente pueden participar en las industrias como

trabajadores secundarios. ¡Las cifras son inquietantes y demostrativas de un estancamiento y una curva descendente en el panorama de nuestra educación popular!

Sin vacilación alguna debemos admitir que la verdadera libertad civil, política y económica se halla en el hombre debida e integralmente educado, fundamento de la suerte y condición de las naciones. Desde hace varias décadas se ha podido evidenciar la falta de encauce acertado en la educación argentina, por la actitud inoperante de quienes tuvieron el gobierno de la misma y no encontraron la solución acertada a problema de tanta magnitud: mucho tiempo se ha perdido en ensayos infructuosos. ¡Parecería que las luminosas huellas de Sarmiento y de González se hubieran detenido o eclipsado! ¡Quiera la fortuna que, en breve tiempo, se lleguen a establecer las verdaderas normas y lineamientos conceptuales básicos en el planeamiento integral de la educación, con la participación de los técnicos de que dispone el país, sin recurrir a extraños! Es un problema que pueden y deben resolver los docentes argentinos.

En el penetrante dilema económico-social por que atraviesa la República, habrá que dar preferencia a la obra educadora del pueblo. Es fundamental transformar el panorama nacional con un nuevo trazado e intensificación de los medios requeridos en tal obra. Y una correcta planificación de la educación integral, en todos sus ciclos, ha de llevar al logro definitivo del sublime anhelo de González: “la inevitable misión transmutadora de la barbarie en cultura, de la ferocidad del instinto en la dulzura de la inteligencia, de la torva maldad de la ignorancia en la serena bondad de la sabiduría”. En 1919 alegó: “se instruye pero no se educa; se nutre la inteligencia, se adiestran los sentidos o las aptitudes manuales, pero no se calienta el corazón, no se ilumina el alma con el fuego y la lumbre de virtudes inmanentes e imperecederas”.

Para el gran estadista es inadmisibles una democracia ignorante; y condiciona la libertad a la justicia. Como Platón, la justicia era para él la primera y principal de las virtudes sociales, y la escuela debía ser forjadora de ella, entre las demás, en la formación del carácter del educando, a fin de “suprimir —según sus palabras— toda causa de desarmonía y disonancia, por la elevación de un medio común donde la armonía y la asonancia penetran en el alma colectiva sin esfuerzo y por su propia esencia”. A nuestro juicio, la interpretación razonable de la

cultura popular radica precisamente en ello y no puede ni debe apartarse de la unidad intelectual, moral y estética.

Ahondando el análisis, encontramos también señales de las inquietudes educativo-sociales de González y de su incursión profunda en el denso campo pedagógico, que revelan dominio teórico-práctico de las doctrinas y principios de las ciencias y del arte de enseñar. Al esbozar este modesto trabajo, no podemos dejar de referirnos a su labor como vocal del Consejo Nacional de Educación: se condensa preferentemente en el libro *Problemas escolares*, donde son consideradas las cuestiones más importantes de la época, sin ajustarse —como consigna el prefacio— a “una estricta unidad de concepto ni de desarrollo, en el sentido que reclamaría una crítica exigente”. No obstante, conviene destacar la “unidad real” en la acción educadora del estadista. El texto descubre el avezado conocedor de las reglas vitales de toda organización escolar. En este aspecto, se examinan a fondo las reformas a implantar en el plan y los programas de 1898 de la escuela primaria, los distintos tipos de horarios y el concurso de textos; se estima inexcusable “transformar y revolucionar el campo de la enseñanza general en todas sus divisiones; la simultaneidad y concurrencia de las asignaturas”, afirmando acerca de la historia que es “un cauce donde afluyen todas las ciencias y todas las manifestaciones del espíritu humano en su labor incesante y en su íntima unión con la moral, de tal manera que puede ser definida como la moral viviente, personificada en los hombres y las naciones”; sobre la geografía, que es “enseñanza instructiva y educadora por excelencia” y “centro de una vigorosa reacción en las ideas corrientes: es caso exclusivamente nacional; al nivel de la historia, contribuirá a formar la personalidad real de la Patria, ya que define y singulariza lo que podemos llamar el cuerpo o la forma de esa alma o idea”; de la moral e instrucción cívica, aseguró que son esenciales en la tarea escolar, puesto que se extienden a la vida de todos los hombres, modelan el carácter, la convivencia individual y social. “Es la escuela misma —aseveró—, entendida en su más alto y noble apostolado.” Participaba de las ideas de M. Ernest Lavoisier, de la Universidad de París, en cuanto a “llegar a la identificación de los dos conceptos estrictos de *ciencia* y de *moralidad*: la primera como aptitud, capacidad, arte, recurso material y útil, potencia analítica y productora en todos los dominios del entendimiento; la segunda, como virtud; aquélla se dirige y asienta más en el cerebro como de-

nominador de la inteligencia”; la otra se dirige y asienta en el corazón, como denominador del sentimiento; aquélla es lógica y raciocinio; ésta es impulso, inspiración; la primera crea, ordena y prepara el material de la acción; la segunda domina y manda a la voluntad para convertirla en hecho visible, en acción exterior. En el niño —sostiene González— “esa enseñanza puede desarrollarse sin carácter técnico como acción, como ejemplo, como experiencia del alumno al lado o bajo la dirección del maestro”. Una de las bases de la reforma que propiciaba consistía, pues, en enseñar más por ejemplos, vivencias, acciones, resultado de la vida de la escuela, que como un organismo teórico y científico puro, teniendo presente que “el carácter del alumno se forma de modo inconsciente, según el modelo del maestro”.

Observamos que la moral, tan ineludible de fijar en las conciencias juveniles, fue concebida desde varios puntos de vista y propósitos: a) el que comprende al ser en su triple función individual, social y política; b) el que alude al desenvolvimiento simultáneo de las diversas enseñanzas dentro del método cíclico preconizado, apoyándose entre sí y realizándose por ejercicios prácticos, de vinculación y asociación con relación al niño, y fundados en el examen de los instintos y facultades del mismo, para imprimirles dirección o caracterizar su acción moral: va de la unidad a lo múltiple, de la naturaleza visible a la psicológica; de lo perceptible y simple, a lo abstracto y complejo. Para esa labor, se toman selectas fuentes literarias, los grandes hombres, los benefactores de la humanidad y aquellos tipos más perfectos de moral; igualmente, comprende las imprescindibles relaciones de la conciencia moral interna o íntima y su realización visible o externa, en el trato con los demás; en la observancia de la moral estética, económica, social, política, en aspectos de estrecha relación con lo cívico, tendientes a formar conciencia de bien público, honestidad, buena fe, ayuda recíproca, lealtad en las relaciones mutuas y entre gobernados y gobernantes, hasta crear el hábito de respeto al derecho político como se hace con los bienes materiales. Hay todo un plan de formación moral del alumno. Para la instrucción cívica, en la extensión compatible con los fines de la escuela común, el programa se modeló en el mecanismo y forma republicana de la Constitución.

Dentro del móvil nacional de la escuela, con la concurrencia simultánea y proporcional de las diversas materias, la ma-

yor y más directa responsabilidad le corresponde al cultivo del idioma. “Aprender a hablar —dice González— es precipitar la evolución del espíritu en toda la rapidez adquirida por los siglos; es volar con las alas conquistadas por la inteligencia humana, como el ave, al salir del nido, vuela del primer impulso con las alas adquiridas por su raza; es aprovechar todas las selecciones y victorias que han señalado la lucha secular por la vida. Y la lengua castellana, cuyos orígenes arrancan de tan antigua y noble progenie, enriquecida por la savia nueva de las naciones de América, donde no sólo aprendemos sus elementos orgánicos, delicadezas, robustez, ritmo, armonías y expresión gráfica, sino los secretos de la magia con que sus grandes pensadores y poetas alumbraron el camino de las altas emociones estéticas.”

Al tratar la parte relativa a la educación física, se educa que las aplicaciones de esa índole sostienen “el natural y armónico desarrollo de todo el organismo, que no procuren acelerar su crecimiento, o fortalecer con exceso unos órganos o funciones, quizás a expensas de la tardanza o el debilitamiento de otros”. Esto encierra una crítica a la calistenia de la gimnasia de entonces. Lo ideal para él era establecer las escuelas en medio de la naturaleza, “para que el niño se desenvuelva material y moralmente bajo las influencias combinadas del medio físico e intelectual”. Pero, en su imposibilidad, considera imprudente pretender sustituir la verdadera educación física “con artificios o aparatos que, siendo remedos de los elementos o agentes naturales, se exponen a producir en el niño tan sólo remedos de sus fuerzas y beneficios”. Ante “la falta de un sistema orgánico especial de educación física del niño, capaz de satisfacer todas las leyes naturales y progresivas”, entendió que lo más prudente era “encargar a cada una de las materias del plan que lo permitan, su parte proporcional de trabajo en tal sentido; pero sin que eso importe descuidar sino, muy al contrario, cuidar la estricta ejecución de la labor combinada, para que la naturaleza física se desarrolle totalmente y en armonía con la naturaleza intelectual y afectiva”.

En *Problemas escolares* mencionase, también, a la misión y carácter social de la escuela, apoyando su sistema en la activa colaboración de la sociedad misma, tanto en el estímulo y adelanto de aquélla como en su creciente y directa administración y vigilancia; a la estructura, deberes y atribuciones de los con-

sejos de distrito creados por la ley 1420; a la inspección técnica de las escuelas; a los exámenes, etcétera.

Se encara, además, la enseñanza práctica en la República, abogando por la formación de hombres útiles a la riqueza y bienestar colectivos, y de mujeres que estén dotadas de medios apropiados de trabajo. “Ningún país de la tierra —señaló— tiene más extensión de tierras mejor dotadas por la naturaleza en clima, suelo, producciones, corrientes de agua, navegables o no, ni posee costas más dilatadas; tampoco existe uno que tenga más claramente determinadas por su geología, su topografía y sus condiciones industriales, las regiones donde sea conveniente establecer escuelas prácticas, que tomarían, como en Suiza, los caracteres y tipos que le imprimiese la misma naturaleza y fisonomía del suelo y la índole social de sus núcleos urbanos o rurales.” De estas apreciaciones surge su propensión por la escuela rural, de ganadería, de agricultura, de industrias extractivas y elaborativas en general, con arreglo a las peculiaridades de las distintas comarcas del país. Adujo que “el educador práctico”, el que reclama hace tiempo la República, no necesitaría más que recorrer con mirada inteligente y criterio nutrido por el estudio, el mapa de la Nación, para proyectar las fundaciones que cada región necesita, perspectiva del preclaro propagador de cultura, que aún no se ha cumplido en la intensidad requerida.

Otra de sus aspiraciones consistía en la creación de asociaciones de adolescentes, en esa edad en que “las facultades imaginativas y sensitivas están en su brillante apogeo: es la mañana de la vida, y los sueños son de rosa, los sentimientos de oro, las ambiciones de fuego. Vivísimas las facultades morales, absorberían con sed toda enseñanza, todo ideal, toda noble ambición que en ellas quisieran inculcar el maestro o el Estado, en su alta misión directiva de la nacionalidad. Pero, todo ese vigor se pierde en un lamentable desorden, porque nadie encauza ni encamina tanta fuerza y tanta savia. Cuando ha llegado el instante de volverlas útiles, nada se consigue, porque han echado raíces espontáneas, irregulares y dispersas. Entonces, sólo la fuerza o la injusticia tienen su misión para concordar caracteres heterogéneos, tendencias antagónicas, ideales distintos. Se ha perdido el tiempo, el tiempo irreparable para las cosas del espíritu y de la civilización: se ha engendrado la lucha, la resistencia, la anarquía”. ¡Cuánta verdad traen para

la hora presente tan bellos pensamientos, si advertimos a tantos adolescentes andar por rumbos inciertos!

La reforma del plan y programas a que nos hemos referido sentó el principio primordial de reconocer en la educación “todo lo que puede ser necesario e indispensable para la felicidad personal, en las tres condiciones, de individuo, ciudadano y miembro de la gran familia humana”. Trajo, por otra parte, al régimen escolar que se implantaba, la concurrencia de todos los adelantos logrados, tanto en la instrucción en sí, o sea, el desarrollo de las asignaturas del plan de estudios, como en lo concerniente a los fines educativos, docentes y de gobierno de la enseñanza, de acuerdo, claro está, con la orientación y límites fijados por la ley 1420. Sintéticamente, los puntos capitales de la reforma fueron:

a) Considerar a la escuela, conforme se dijo, el medio de preparación del ser para cumplir su triple destino: individual, social y nacional-universal;

b) atribuir al conjunto de enseñanzas y prácticas del plan “la misión continuada de educar e instruir al niño de modo que no sea extraño a la cultura moral e intelectual de su época y de la sociedad en que vive”;

c) determinar que los diversos efectos de enseñanza “obren combinados y simultáneos sobre el niño”, para no quebrantar las leyes naturales de unidad, variedad y progreso, dentro de las tres frases más generales de la vida: física, moral e intelectual;

ch) adoptar la “forma sistemáticamente cíclica y concéntrica”, en cuanto atañe al desenvolvimiento de las enseñanzas parciales; y

d) designar en los programas “sólo los puntos capitales de las materias”, dejando a los maestros “la respectiva dirección escolar” y, dentro de aquellos límites, toda la libertad e iniciativas pedagógicas exigidas por cada rama del saber, según la esencia de las cosas o la aptitud del educando.

Innecesario resulta hacer conjeturas respecto al discernimiento de nuestro maestro que, ya en aquella circunstancia, vislumbró los alcances de la estructura cíclico-concéntrica adoptada: un agrupamiento semejante se efectúa en los programas actuales como base sólida de la organización de la labor áulica, tanto en los denominados motivos de trabajo, de 1º a 3er. grado, como en la correlación de asignaturas, de 4º a 6º. Las articulaciones entre los diversos conocimientos, adaptadas a

las condiciones de los alumnos, responden a objetivos generales —propósitos formativos— y particulares: habilidades técnicas, formación de hábitos y aptitudes vocacionales, etcétera.

Estimamos ineludible agregar, en un plano ya superior, la trascendental fundación de la Universidad Nacional de La Plata e instituciones subsidiarias, aporte del universitario y profesor que denota otra etapa de sus agitaciones educadoras. Se inicia la misma desde su cargo de ministro de Justicia e Instrucción Pública de la Nación, al dirigirse al gobernador de la provincia de Buenos Aires —el 12 de febrero de 1905—, informándole de dichos propósitos: “Hasta ahora —le dice— por falta de amplitud de criterio experimental, sólo se conciben las universidades dogmáticas, donde el núcleo apenas se extiende al *quadrivium* del Derecho, la Medicina, las Ciencias Exactas —físicas y naturales— y la Filosofía; y cada vez que se insinúa la introducción de algún factor extraño, como el de esos nuevos departamentos de las ciencias, de fines menos aristocráticos, aunque de igual valor científico intensivo, se alarma el criterio clásico, y sus viejos consejos académicos se estremecen como a la aproximación de una catástrofe o de un envilecimiento de los estudios.” Consecuencia de este memorial fue el convenio del 12 de agosto de 1905, suscrito entre los gobiernos de Buenos Aires y el Poder Ejecutivo nacional, “ad referendum” de las sanciones legislativas correspondientes. Tres días después se remite al Congreso el mensaje y proyecto que, en definitiva, originó la sanción de la ley 4699, constitutiva de la Universidad Nacional de La Plata, y el presidente de la Nación, Dr. José Figueroa Alcorta, confiere a González su organización.

En la ordenación de la nueva casa de estudios tomó en cuenta la influencia que asumen los locales e hizo instalar el conjunto de edificaciones en lugares libres, lejos del centro de la ciudad, “ante el espléndido panorama de su cielo, su río y su bosque”.

La estructura concentró variadas enseñanzas, desde la escuela elemental hasta los centros de investigaciones superiores: colegios secundarios, normal y especial, incorporados a los regímenes por él concebidos; laboratorios, museos, observatorios, facultades, correspondiendo citar entre éstas a la de Humanidades y Ciencias de la Educación porque, aparte su función cultural específica en cuanto a interpretación de los bienes de la mente y del espíritu, debía formar a profesores de cada ense-

ñanza o núcleo genérico de ellas. Esta concepción gravitó como tipo inspirador de reformas en institutos semejantes.

Asimismo, características propias adquieren los planes de otras de sus creaciones: el Colegio Secundario es de triple fundamento, moral, intelectual y físico, conforme al sistema llamado “internado social”, “internado abierto”, para cuyo éxito se combinan las condiciones materiales de ambiente, residencia y ejercicios de vida higiénica, con las tareas del estudio y de la convivencia, donde los alumnos recibían tratamiento educativo-tutorial. González se muestra así como el verdadero precursor de la “Casa de los Estudiantes”: el 10 de julio de 1909 presentó al Senado el relativo proyecto.

Rechazó la Universidad de “claustros cerrados”: debía ser de “puertas abiertas” para que penetrara el “espíritu de vida contemporánea. Había que destruir los círculos viciosos en torno del proceso instructivo general, para conjurar los efectos de toda educación moral negativa”.

Al conferirle justo significado al “hombre social”, lo hizo por contacto de la Universidad con el medio: provocó una aproximación, una intimidad con el pueblo en la aspiración de “democratizar”, “socializar” la obra educadora, con actos, conferencias, conciertos y cuanta oportunidad se presentara.

Hay una finalidad sustancial en el aspecto interior de la reforma: el “hogar intelectual”, formado por la más pronunciada “convivencia del maestro y el alumno, en intimidad amistosa y paternal, dentro del taller, el gabinete, el museo, el laboratorio, la biblioteca; por el trabajo y el estudio en común, por la recíproca exhibición de cualidades y defectos, como en el seno de una familia, como al calor de un fogón doméstico, que no sólo conducirá a unos y otros al ahondamiento insensible de las investigaciones de la ciencia, de las inspiraciones inmortales del arte, de las leyes más permanentes de la evolución orgánica de las sociedades, sino que encenderá en cada escuela, colegio o universidad, una llama y una luz, a cuya influencia se verá renacer las potentes virtudes de la raza heroica de nuestros mayores ancestrales y directos...”.

Los fines perseguidos no serían desvirtuados; aseguró una selección oportuna del personal directivo-docente, porque “ninguna buena educación —sostuvo— es posible con malos maestros, mal instruidos y peor educados”. Tenía ansias de formación y perfeccionamiento de la docencia, manteniendo el culto de la profesión que “siendo una fuente inexhausta de satisfac-

ciones y de goces morales —expresó— se convierte a su vez en poderosa corriente de energías y cohesión social y nacional, pues no sólo hará insuperable e invencible en su oficio al que la practique, sino que concurrirá al progreso mayor —por la experiencia y estudios constantes— de la ciencia misma; y el gremio adquirirá mayor relieve social, político y humano, y cada uno de sus miembros ganará en la República provecho y gloria legítimos, fundados en las más inmutables bases del crédito y la eficiencia”.

La capacitación y continuo perfeccionamiento técnico eran imprescindibles para él, en instituciones universitarias o de elevado nivel de cultura, para que los docentes “se pongan en contacto con los más altos espíritus que han civilizado y mejorado la humanidad y con las ideas superiores de la vida que dan ardor al corazón, despejan las mentes, templan los caracteres y constituyen el más firme cimiento de las más grandes nacionalidades”. Dicha superación puede fluir para González del roce social y ético permanente en un ambiente de alta cultura.

También tuvo su sentir en cuanto a forjar la personalidad del alumno, aspecto de honda meditación para estos tiempos de delincuencia juvenil, preocupación de la que no puede ser ajeno el maestro y el profesor, porque, dijo, “concedor y pulsador de las recónditas fuerzas que mueven e impulsan las almas juveniles, puede rectificar sus instintos, verificar sus desviaciones, orientar sus buenas tendencias y depurar así, en labor continua y colectiva, los gérmenes de generaciones enteras. Así es como el maestro, el educador público, puede ser el autor, el artífice de la patria; el forjador de esos caracteres que osifican un conjunto étnico informe, le dan forma de naciones y estados, y modelan épocas y civilizaciones; así es como la enseñanza universitaria, abarcando todos los ciclos de la vida moral del hombre, desde la escuela primaria hasta la elevada investigación independiente, puede llegar sin esfuerzo artificial a la unidad moral, a la sencilla concepción de la vida, en su realidad física y psíquica indivisibles...”.

Aflora de ello una ansiedad aún no realizada con amplitud en las escuelas: obtener fisonomía propia para el hombre argentino, en armonía con los valores étnicos, éticos y sociales. Hasta la fecha no advertimos conducción definida en esa faz educativa. El escritor Carlos Alberto Erro observó, en uno de sus estudios, que “el argentino es el hombre para quien su mismo auténtico ser no es una certeza sino un problema viviente”; y

después de referirse a los factores heterogéneos que han influido en contra de ello, agrega: “Los cambios futuros de la sociedad argentina serán forzosamente absurdos o estériles si no están vigilados y dirigidos tomando como guía o línea de referencia los valores definidos de la nacionalidad.”

Al finalizar el primer trienio de funcionamiento de la Universidad Nacional de La Plata, su presidente analizó, en la colación de grados, la parte de obra cumplida: con viva complacencia aseveró que una de las cuestiones de palpitante agitación entre escritores y políticos educadores se había logrado: se refería a la organización, desarrollo y resultados favorables de la enseñanza superior pedagógica, combinada con las exigencias de la educación pública en todos los ciclos y con el fin de “dar al país el tipo más completo de hombre educado e instruido para su destino personal y nacional”. ¡Lástima que tan resaltante éxito palidiera después por falta de quienes tenían el deber ineludible de seguir esa evolución, propagando la obra por todo el ámbito de la Nación! El talentoso maestro contempló las posibilidades de remediar la falta de una educación científica de tipo integral, de beneficios individuales y colectivos, puesto que estaba firmemente compenetrado de las deficiencias existentes. “¡Ah! —dijo cierta vez— ¡el más grande mal de los maestros es ignorar del niño la potencia sensitiva y mental con que aparece en el mundo provisto, y el acervo acumulado de ancestral origen, y las revelaciones de los ojos, las confianzas del acorde ambiente, la caricia primera de la madre, que el ritmo humano de su vida imprime, y el primer beso de la luz, que sella la comunión universal de su alma...!” Sentencia que involucra todo el problema de la psicología infantil. Penoso es confesar que, a pesar de contarse con docentes de positiva preparación, pedagogos en base a los más recientes y aceptados principios de la psicología funcional en sus varias ramas y aplicaciones, se espera aún hoy la adaptación, con la intensidad necesaria, de la más profunda reforma de los sistemas educativos imperantes, tal como lo anhelaba nuestro eximio pensador, consistente en ajustar los mismos a “base científica de graduar y sistemática observación del niño en su individualidad y en su modalidad colectiva”, a los efectos de “tomar datos suficientes para conocer la mentalidad y vitalidad psico-física de una vasta porción de la masa étnica en crecimiento”.

¿Acaso se realizan hoy en las escuelas los estudios tendientes a definir la individualidad somático-psíquica de los

niños —especialmente de los que presentan problemas— para el encauce debido de su educación completa? Sólo por excepción se efectúan, no resolviéndose, por cierto, el problema de conjunto, ni siquiera de aquellos que requieren un tratamiento pedagógico de recuperación. Uno de nuestros grandes matutinos se ocupó recientemente de la “falta de escuelas diferenciales”, mencionando que “quizás nada ilustre mejor al respecto que el hecho de que en la Capital Federal no hay más que cuatro escuelas diferenciales, a pesar de los 4.000.000 de habitantes aproximadamente que posee... Cuando menos, serían indispensables tres mil aulas para responder a la demanda de la realidad metropolitana y, por supuesto, contar con un elenco de docentes especializados...”. En el interior, el panorama es mucho más grave, salvo en la provincia de Buenos Aires donde hay 106 establecimientos para incapacitados mentales, sensoriales o anatómicos. Debe urgentemente ampararse a esos niños y adolescentes, dando auténtico valor a los exámenes psicoanalíticos en la educación. A fines del siglo pasado, precisamente cuando González se ocupó de ese aspecto ante el desarrollo que adquiriría la psicología experimental, comenzaron los estudios sobre los niveles mentales. Hace falta en la actualidad el auxilio del psicólogo, que cataloga, clasifica, promueve las estadísticas sociales y clínicas, determina las huellas de algún atavismo, de las alteraciones neuróticas provenientes de la carencia de estímulos o incomprensión del ambiente, etc., y fija los procedimientos más convenientes de readaptación, que parten desde el asesoramiento o consejo y prosiguen hasta alcanzar una adecuación de la didáctica con el nivel mental y espiritual definido en cada caso. Para estas tareas es axiomático crear y organizar en forma consultorios somáticos-psico-pedagógicos. González quiso el acceso a la docencia de maestros y profesores cabales en capacidad científica, pedagógica y operativa, poseedores “del rico material decorativo que flota en torno de cada ciencia, como halo o nimbo de perfume en torno de una planta y el orador o maestro absorbe, respira y luego devuelve en forma de imágenes sugestivas o emotivas, para exornar y hacer más agradable y bella la transmisión de la fórmula científica o la verdad matemática”.

Fustigó los extravíos, los desvíos morales de la profesión, por juzgar que traducían “un concepto incompleto sobre el valor de la ciencia; un apresurado anhelo de éxito y de conquista de honores y fortuna”. “Esta inquietud —expresó—, esta sed,

este anhelo de renombre y de honores, en estrecho maridaje con la fortuna, son los que han contribuido con la sociedad contemporánea a corromper la noción y el sentimiento del patriotismo, hasta degradarlo y convertirlo en un vulgar pretexto de resonancia o lucro. La facilidad y rapidez con que la sugestión patriótica obra en el ánimo de la multitud —y tanto más cuanto más ignorante—, induce a los políticos de baja fila, o a los demagogos, o a los aventureros, o a los ambiciosos, a abusar del argumento hasta la saciedad, a plantear todas las cuestiones, aun las más nimias, bajo la faz patriótica, a adular y excitar a la muchedumbre, a calificar y condenar como traidores a la patria a todos los adversarios, o a los que contraríen su afán de lucro o escalamiento político.” Los considera “verdaderos enemigos” de la Nación.

¡Cuánto valor adquieren estas expresiones ante el drama político-económico-educativo que ha vivido la República! ¡Que no sea quimérica la esperanza de recuperación! Evoquemos también en ese sentido al tribuno cuando aludió a los que poseen virtudes ciudadanas y suficiente fuerza moral para hablar al pueblo acerca de la realidad: “son —dijo— los únicos que pueden mejorarlo, corregirlo o completarlo”. Por tal razón consideró la eminencia del contenido universitario de proporcionar al Estado los hombres competentes para el gobierno, idóneos en sus profesiones, aptos en la dirección y florecimiento de los valores espirituales y de la cultura; conscientes de la “obligación de respetar, amar, profesar y sostener la verdad y la justicia”; en resumen, capaces socialmente para la conducción de cada uno de los fundamentales intereses y destino de la Nación.

Su poder de discriminación le hizo desechar los principios filosóficos y sociales extraños a la tradición patria, velando para que no se desnaturalizara o pervirtiera el alma juvenil con ideas, pasiones o sentimientos foráneos inconvenientes en el quehacer educativo. “La escuela —declaró— es el templo donde aquel superior afecto se conserva, se alienta, crece y se perpetúa.” Aceptaba, desde luego, las “influencias intelectuales del exterior” si sus fórmulas implicaban renovadoras aportaciones a la educación y cultura del país, porque negar tal contribución es, según sus palabras, “error grave y funesto debido al cual la República Argentina se halla rezagada casi medio siglo en la marcha general de la civilización en cuanto a organizaciones, planes y vida universitaria”.

Con ponderable pericia de maestro pudo ver que no siempre las fórmulas de la pedagogía dogmática lograban interesar a la niñez y adolescencia en la obtención de la más franca y espontánea adhesión, sino cuando aquéllas notan en sus educadores modalidades personales, impulsos propios, que define en calidad de “interés humano, como si viniese de afuera y extraño a la obligación de la escuela”, ya que “la pedagogía no puede ser un código racional para encauzar o modelar las almas de los niños a su voluntad imperativa, sino una armonía entre las leyes internas de la vida infantil con las formas externas en que la ciencia adquirida puede ser comunicada, algo semejante al riego de agua, de luz y de aire que recibe la semilla, la planta, la flor, a manera de infusión de la vida ambiente”.

Tendió a que la niñez se educara en un medio sano, alegre, afectuoso, pleno de motivos placenteros; una escuela infantil “cuidada por una maestra amorosa y apasionada de sus niños, debe ser —dijo— una selva primaveral poblada deavecillas familiares, libres y espontáneas, que vienen a buscar en sus manos, en su seno, en sus labios, la caricia sugestiva y dominadora, evocadora del sentimiento, de la gracia y de la idea, ocultos e informes. Abiertas las almas infantiles, como las flores y los pájaros, a los encantos de la luz y del ambiente, absorben torrentes de imágenes y armonías que van a difundirse por su ser en invisible corriente, para desaparecer más tarde como el color, el perfume y el canto en flores y pájaros, en ideas y revelaciones, inspiraciones y formas primitivas de ignorada belleza y magnificencia”.

En forma conexas, aspiró a un mejoramiento de la condición social y económica del magisterio: como gobernador de La Rioja, dedicó en ese sentido capítulos especiales en los mensajes elevados a la Legislatura.

Con motivo del agasajo tributado a una educadora que se retiraba de la docencia, asumió González la representación en el acto. Sus palabras, llenas de la galanura del poeta y del sabor de la gratitud, configuran los más loables conceptos hacia la función cumplida. “Es justicia reparadora desde luego —acotó—; pero hay un sentimiento más extenso en el homenaje, que a mi sentimiento y convicción de educador y hombre público interesa de manera excepcional: es ver producirse en torno de una compañera de labor y de destino, la unión calurosa de todos los maestros, realizando así en forma tangible un

anhelo interno de política educativa; y es esto un triunfo del ideal y de la más noble de las virtudes, porque sólo un sentimiento de pura solidaridad los congrega en torno de una llama, de una luz, de una idea, que alumbran un sendero común." Se perciben de los párrafos anteriores sus deseos de unión del magisterio en torno de elevados y concurrentes ideales, que enaltecen la profesión y hacen al constante progreso de la escuela.

Estaba profundamente posesionado de los valores del espíritu, que le llevaron a las sugerencias de los grandes filósofos y de los libros. Y si su labor en la cátedra, en la tribuna académica es inmensa, reviste caracteres propios y se inclina, como educador, a remozar normas y trazar nueva senda al aprendizaje; de igual manera comprobamos su propensión a difundir el libro, la lectura: hizo, si se permite la expresión, cátedra del libro en su biblioteca particular y en las que fundó, como la de Chilecito y de la Universidad Nacional de La Plata; pero de libros selectos, plenos de sabiduría y de belleza, extendiendo del mismo modo su obra educadora. Pensaba que "en los ardores de la lucha, en los desalientos transitorios de las jornadas penosas, en las inevitables tristezas que nos asedian día a día, la compañía de nuestros libros y maestros predilectos nos abstraen de las realidades, y nos encierran en el "hortus conclusus" de las cosas ideales y de los afectos más puros". Marasso trae una emotiva reminiscencia a ese respecto: "Lo vi en sus últimos días postrado en el lecho: estaba rodeado de volúmenes. El maestro, sin una queja, sin un reproche para nadie, consagrado al estudio, conversando de las más nobles concepciones, daba el sosiego de una elevación suprema."

Como Sarmiento, nuestro idealista sufrió los ataques de detractores. Y si el primero se abrió paso con pujanza de genio, el ilustre fundador de la Universidad de La Plata les opuso la resistencia de la fortaleza de su talento y de sus verdades. "Más vale perdonar que vengar" era su lema. La conocida lección de optimismo que pronunció ante sus discípulos basta para darnos cuenta que su alma era ajena al rencor: "Ya veis —les dijo— que no soy un pesimista, ni un desencantado, ni un vencido, ni un amargado por derrota ninguna. A mí no me ha derrotado nadie; y aunque así hubiera sido, la derrota sólo habría conseguido hacerme más fuerte, más optimista, más idealista..."

Procuró desterrar el encono del seno de la familia argentina, luchando valientemente contra él y por la paz. Ambicio-

naba una patria culta, donde imperara la concordia, y todo su ánimo se volcó en ello; porque la patria debía ser “una región superior donde se confortan todos los corazones, se hermanan todos los ideales, se combinan todas las fuerzas, se funden y convierten en afectos benévolos todos los rencores que la lucha de la vida enciende entre los hijos de un mismo hogar nacional...”.

Proyectemos esa ansiedad sobre la patria y pensemos en ese patriotismo tan puro de Joaquín V. González, nutrido en las tradiciones de nuestra nacionalidad, de la que supo desentrañar los alientos eternos de sus hombres y de los sucesos históricos. Nada lo distancia en su vehemente acción general de estadista de los rasgos educadores más nobles, hasta en los momentos en que se ejercita el escritor, el poeta, con genuina originalidad y fiel interpretación de la vida del terruño, de los paisajes de las montañas y valles de Famatina y Velasco, de sus días de niñez y juventud, que la pluma de Marasso describe así: “Vino fraternalmente desde el silencio de las serranías, donde la tradición, la leyenda y el paisaje se compenetraron. Los peñascos, las cimas nevadas, los antiguos pueblos, le dieron una persistente visión de patria vieja. El la vio en el hogar, en el muro derruido; y allí, en esa tradición fluyente, en la quietud de la piedra y del cielo, se inició en aquel interminable estudio que no dejó de enamorarse de ningún secreto del pensamiento y la belleza.”

Señores, las justas aspiraciones del espíritu argentino exigen hoy una evolución que gravite con hondura en la educación del pueblo. Hay premura en avanzar, desechando lo superfluo, lo rutinario. El amplio ideal de “educar al soberano”, como lo quiso Sarmiento y fuera infinito anhelo del Solitario de Samay Huasi, ha de ser divisa inmutable de los gobiernos, del magisterio, de las entidades culturales, y de apoyo popular laudable y generoso. Esa constituye, a nuestro juicio, la tarea inmediata en la recuperación nacional: prosigámosla, inspirándonos en los bienes culturales que nos legara el prócer a su paso imborrable.

Por todo ello, la Comisión Argentina de Homenaje, al dar por clausurados los actos, en esta emotiva hora del centenario de su natalicio, le rinde la veneración más justa y cálida.

RENDICION DE CUENTAS

ADHERENTES QUE ABONARON LA CUOTA DE 200.— PESOS

Eleázar Roldán Sánchez
Diego J. Iantorno
César Ferrer
Ulises René Girardi
Luis Tomás Prieto
José Carlos Astolfi
María Lorenza Berrondo
José Patricio Romero
Carlos A. Oviedo
Francisco Esteban
Ricardo Boselli
Alejandro Castagnino
Mario Anganuzzi
Angel R. Becerra
Rodolfo A. González
Augusto R. Mueller
Waldemar Axel Roldán
Alberto Héctor Alvarez
Francisco Rodríguez Castro
A. Sánchez Barros
Martha C. Ferrer
Manón Guaglianone de Delgado Fito
José Benjamín Dávila
Rima Núñez
Gaspar L. Benavento
Patricio López
Marcelo Justo Castresana
José Miguel Speranza
Oscar A. Candelaria

María L. Orihuela de Ferrer
Germán Berdiales
Oscar Torres
Luis Ruiz
Aníbal Salguero
Manuel de la Fuente
Sofía Gordillo Bustos Vda. de Lanús, presidenta del Círculo de Damas
Riojanas
Ernesto Zarini
María C. S. de Zarini
Martha S. O. de Montoreano
Pablo Enrique Montoreano
Ercilia Diez Ferrando
Rafael Rodríguez López
Amanda S. N. de Diamante
Raúl Esteban Delheye
Juan Manuel Chavarría
Osvaldo Terzaghi González
Osvaldo Terzaghi
Dora del Carmen Salas Romero
Rodolfo A. Bardelli

DIEGO J. IANTORNO
Tesorero

B A L A N C E

R E C U R S O S

Adherentes:

49 cuotas de m\$n. 200.— c/u. \$ 9.800.—

Donaciones:

A. Eleázar Roldán Sánchez	\$ 5.000.—	
Diego J. Iantorno	„ 4.000.—	
José Carlos Astolfi	„ 4.000.—	
José Patricio Romero	„ 4.000.—	
César Ferrer	„ 2.500.—	
Augusto R. Mueller	„ 2.000.—	
Carlos A. Oviedo	2.000.—	
Francisco Rodríguez Castro	„ 1.500.—	
Luis Tomás Prieto	„ 1.000.—	
Esc. Nac. de Com. "J. V. González"	„ 1.000.—	
Oscar A. Candelaria	„ 160.—	„ 27.160.—

Bonos contribución colocados:

A. Eleázar Roldán Sánchez	\$ 1.000.—	
Diego J. Iantorno	„ 1.000.—	
César Ferrer	„ 1.000.—	
José Patricio Romero	„ 1.000.—	
Luis Tomás Prieto	„ 1.000.—	
José Carlos Astolfi	„ 1.000.—	
Francisco Esteban	„ 1.000.—	
Rodolfo R. González	„ 1.000.—	
Oscar A. Candelaria	„ 1.000.—	
José Miguel Speranza	„ 1.000.—	
Aníbal Salguero	„ 1.000.—	
Carlos A. Oviedo	„ 1.000.—	
Blanca G. de Garibaldi	„ 1.000.—	
Darío y Javier Roldán	„ 1.000.—	„ 14.000.—

Intereses de depósitos bancarios:

Caja Ahorros Bco. Londres y Am. Sud „ 2.012.—

Aportes adicionales para cubrir el déficit por impresión de este tomo:

A. Eleázar Roldán Sánchez	\$ 5.000.—	
Diego J. Iantorno	„ 5.000.—	
José Carlos Astolfi	„ 5.000.—	
Luis Tomás Prieto	„ 5.000.—	
Francisco Rodríguez Castro	„ 1.025.—	„ 21.025.—

TOTAL

\$ 73.997.—

E R O G A C I O N E S

Gastos generales:

Por sellos diversos, según comprobante N° 1	\$ 160.—
Por sello Comisión, según comprobante N° 2	,, 180.—
A Russo Hnos., según comprobante N° 3	,, 1.450.—
A J. Peuser, según comprobante N° 4	,, 160.—
A Russo Hnos., según comprobante N° 5	,, 1.800.—
A M. Flores, según comprobante N° 6	,, 75.—
A Russo Hnos., según comprobante N° 7	,, 140.—
Por franqueo correspondencia, según comprobante N° 8	,, 320.—
A Casa Pisani, por placa de bronce, según comprobante N° 9	,, 1.750.—
Por telegrama, según comprobante N° 10	,, 50.—
Por franqueo correspondencia, según comprobante N° 11	,, 300.—
A Russo Hnos., según comprobante N° 12	,, 2.500.—
A Russo Hnos., según comprobante N° 13	,, 580.—
A Russo Hnos., según comprobante N° 14	,, 2.100.—
A Russo Hnos., según comprobante N° 15	,, 2.000.—
Por una almohadilla sellos, según comprobante N° 16	,, 57.—
Por franqueo correspondencia, según comprobante N° 17	,, 80.—
A Casa Carrega por fotografía placa, según comprobante N° 18	,, 280.—
Por comisión giro a Chilecito, según comprobante N° 18 (bis)	,, 15.—
A Talleres Gráficos Francisco A. Colombo, por impresión de este tomo, según comprobante N° 19	,, 60.000.—
TOTAL	\$ 73.997.—

DIEGO J. IANTORNO
Tesorero

A. ELEAZAR ROLDAN SANCHEZ
Presidente

Con esta publicación (fuera de comercio y destinada a dar cuenta de los actos realizados y del destino del dinero aportado por diversas personas) la COMISIÓN ARGENTINA DE HOMENAJE A JOAQUÍN V. GONZÁLEZ pone fin a la tarea que inspiró su creación. Se terminó de imprimir el 18 de mayo de 1965, en los *Talleres Gráficos Francisco A. Colombo*, en Buenos Aires, República Argentina.

23 SET 1974

